

Adriana Fernanda Rivas de la Chica  
*Ignacio Allende: una biografía*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

274 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 62)

Ilustraciones

ISBN 978-607-02-4088-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de septiembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/ignacio/allende.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

## Allende en la insurgencia: ¿movimiento homogéneo?

Al iniciar junto con Hidalgo el movimiento insurgente, aunque de manera precipitada, Allende aun tenía claros sus propósitos y los apoyos con los que pensaba contar. Al parecer, sus objetivos no se modificarían mucho en el transcurso de la primera etapa de la insurgencia, ya que él intentó seguir en el tenor de apoyar los intereses criollos y la idea de formar una junta que gobernara a nombre de Fernando VII.<sup>414</sup>

Desafortunadamente para Allende, el movimiento que comenzó aquella madrugada del 16 de septiembre sería enteramente distinto al que él había pensado y, lejos de tener un carácter político y de ser apoyado tanto por las fuerzas armadas como por los criollos de clase acomodada, se convirtió en uno de carácter marcadamente popular. Aun así, no puede decirse que los objetivos autonomistas criollos murieron al empezar la insurgencia, sino que estuvieron presentes de manera paralela al movimiento popular que se desencadenó. Como lo explica Luis Villoro,

<sup>414</sup>Villoro, *op. cit.*, p. 108.

Así, desde el principio de la insurgencia, subsiste junto al movimiento popular una tendencia política distinta, representada por los criollos de la clase media, que se enlaza con las ideas del Ayuntamiento de México. Estamos en realidad ante dos capas ideológicas que representan tendencias revolucionarias distintas.<sup>415</sup>

Aun así, para los criollos acomodados que en un principio estaban por apoyar un movimiento de carácter autonomista, el hecho de que las masas trabajadoras tuvieran tanta participación y fueran incluso las que dictaran el tenor de la lucha, resultaba inaceptable porque éstas no entraban en el tipo de cambios que ellos estaban buscando y, además, los criollos poderosos tenían muy claro que en un momento dado las clases bajas reaccionarían con la misma violencia ante la persona y propiedades de un peninsular que ante las suyas. Como también lo explica Villoro, si bien los criollos encumbrados estaban dispuestos a negociar con las clases medias y a apoyarlas para alcanzar reformas que beneficiaran sus intereses, no podían hacer lo mismo con las clases trabajadoras porque no era por ellas por quienes planeaban actuar.<sup>416</sup>

De esta manera, ni las élites criollas del Bajío ni los americanos acomodados en general, así como tampoco una gran número de milicianos apoyaron como se esperaba el movimiento iniciado por Hidalgo y Allende.<sup>417</sup> De hecho, algunos de quienes habían impulsado las propuestas del Ayuntamiento en 1808, como fue el caso de Azcárate, se convirtieron en férreos críticos del movimiento insurgente y otros incluso apoyaron con dinero y hombres al ejército realista.<sup>418</sup>

<sup>415</sup>*Ibidem.*

<sup>416</sup>*Ibidem*, p. 95. En este sentido, John Tutino comenta: “En las primeras semanas los rebeldes se dieron clara cuenta de que habían precipitado una revolución más social y más agraria de lo que esperaban o deseaban. Hidalgo ordenaba a sus seguidores atacar sólo las haciendas de los inmigrantes españoles. A la mayoría de los insurgentes los tenían sin cuidado esos remilgos de lugar de nacimiento de las élites.” Tutino, *op. cit.*, p. 118.

<sup>417</sup>Tutino, *op. cit.*, p. 104 y 105.

<sup>418</sup>Juan de Moncada, criollo noble que en un momento apoyó a Allende, se convirtió en el más fuerte benefactor del ejército de Félix María Calleja en San Luis. Villoro, *op. cit.*, p. 95. A este respecto, Hugh Hamill comenta que incluso Azcárate había declarado después de la batalla del Monte de las Cruces, que la rebelión

Tal vez Allende creyó posible alcanzar sus objetivos aun cuando el movimiento tuviera que tomar un rumbo distinto desde el principio y probablemente pensó que poco a poco contaría con mucho más apoyo, sobre todo militar. Quizás esto provocó que desde el comienzo convivieran por lo menos dos concepciones diferentes sobre la meta a seguir y los métodos para alcanzarla. Como lo expresa Villoro: “Allende muestra, desde el comienzo, una tendencia a frenar el impulso popular y mantener el movimiento en un cauce más moderado. Trata de organizarlo eliminando a la plebe y restringiendo la campaña a los batallones disciplinados.”<sup>419</sup>

En este sentido, Hugh Hamill afirma que Allende era un soldado aristócrata que encarnaba el prototipo de un caudillo militar. No tenía grandes luces intelectuales y su concepción de la independencia surgía de su admiración hacia la figura de Iturrigaray, de su antipatía hacia los gachupines y en su apoyo a las pretensiones criollas para mejorar su posición en la sociedad novohispana. Para Allende, el movimiento insurgente debía ser una campaña militar ordenada, aunque pensaba que el apoyo de las clases trabajadoras era necesario en el inicio. Aun así, soportar la inclusión de indios y castas lo irritaba bastante, máxime cuando Hidalgo los apoyaba en sus decisiones. Allende no sentía simpatía por el aspecto social que se desarrolló durante el movimiento. Para Hamill, “Allende era un monarquista que apoyaba la farsa de Fernando casi tan consistentemente como Hidalgo prefería omitir referencia al monarca español. Allende aparentemente deseaba que México se convirtiera en un imperio independiente con Fernando VII o algún miembro de la familia Borbón en el trono.”<sup>420</sup>

---

insurgente era enteramente distinta a la que tanto él, como Talamantes y Primo de Verdad pensaban consumir y que la actual era una amenaza al orden y la justicia. Hamill, *op. cit.*, p. 173.

<sup>419</sup>Villoro, *op. cit.*, p. 110.

<sup>420</sup>Hamill, *op. cit.*, p. 143. Sobre el testimonio de Allende en su causa defendiendo a Fernando VII, Hamill opina que aunque podría pensarse que Allende defendiera la causa del rey para ponerse a salvo, en realidad su declaración era bastante congruente con su carácter. Sobre la admiración que sentía Allende hacia Iturrigaray, en un documento titulado “Oficio del Ayuntamiento de la ciudad de Durango en la Nueva Vizcaya al Real Acuerdo de México”, que viene dentro de la “contestación a la vindicación del señor Iturrigaray, se asegura que

Veamos entonces de qué manera inició el movimiento insurgente en septiembre de 1810 y cuál fue la participación y la reacción de Ignacio Allende ante los sucesos que definieron la lucha.

Allende en la insurgencia: inicia el movimiento

Según la declaración en su causa, la noche del 15 de septiembre de 1810 Allende se dirigió solo a Dolores y Juan Aldama llegó después a alcanzarlo para avisarles a él y a Hidalgo que en Querétaro habían aprehendido a Epigmenio González y que la orden era aprehenderlos a ellos también.<sup>421</sup> En aquel momento Allende, Hidalgo y compañía tenían básicamente dos opciones: dejarse capturar aun cuando era muy probable que se les condenara a la pena máxima por traición, o iniciar la rebelión tan pronto como fuera posible. Había una tercera opción, que era la de huir, pero por lo menos Allende e Hidalgo no la contemplaban. Según Hamill, los animaba el hecho de que aunque el movimiento estaba planeado para iniciar después la preparación ya estaba avanzada. Contaban además con el factor de la sorpresa y estaban confiados en que serían apoyados desde el inicio, con muchos adeptos y que tendrían un triunfo relativamente fácil.<sup>422</sup>

---

cuando Allende asesinaba a algún europeo, solía decir: “muere por si fueres de los que prendieron a Iturrigaray...” y que de hecho, Iturrigaray le tenía aprecio. J. E. Hernández y Dávalos, *Documentos para la guerra de Independencia...*, p. 810 y 811.

<sup>421</sup>“Causa instruida...”, p. 6. Como ya se mencionó, para cuando inició el movimiento insurgente, Domingo Allende, hermano de Ignacio, ya había muerto, por lo que no se menciona en ninguna denuncia a pesar de haber estado involucrado en las conspiraciones. José María, el otro hermano de Allende, murió el 30 de agosto de 1811, sólo dos meses después de la ejecución de Ignacio. Rubio Mañé. “Los Allende ...”, p. 533

<sup>422</sup>Hamill, *op. cit.*, p. 118-120. En este punto Hamill sigue las causas de Hidalgo, Allende y Aldama, principalmente, así como la memoria del insurgente Pedro José Sotelo y la *Historia* de Lucas Alamán. En cuanto al ánimo que sentían los primeros insurgentes porque tenían los preparativos avanzados y porque creían que contarían con muchos apoyos, Hamill usa este argumento para rebatir la idea de Luis Villoro de que la decisión de Hidalgo de iniciar la rebelión había sido irracional y movida por el “instantaneísmo”. *Cfr.* Villoro, *op. cit.*, p. 71-76; Alamán, *op.cit.*; “Causa instruida contra el Generalísimo D. Ignacio de Allende...”;

Allende opinaba, apoyado por Aldama, que lo conveniente sería citar a los demás implicados de la conspiración que estuvieran en Dolores para exponerles la situación y consultarles sobre lo que debería hacerse. Además, proponía que seis u ocho emisarios partieran hacia la ciudad de México, Guadalajara, Guanajuato y otros puntos, para ponerse de acuerdo con los jefes de las conspiraciones en aquellos lugares y dar inicio al movimiento. Hidalgo escuchó el plan, pero comentó que deberían tomar acciones más rápidas, ya que si se enviaban emisarios a las poblaciones implicadas, para cuando éstos llegaran los agentes de aquellos lugares ya estarían muy asustados por las noticias de lo que había ocurrido en Querétaro y ya no contarían casi con ningún apoyo. Según Arteaga, en ese momento Allende se levantó exaltado, puso la mano sobre la espada y exclamó: “¡Pues bien, Sr. Cura, echémosles el lazo seguro de que ningún poder humano podrá ya quitárselos!”; a lo que Hidalgo respondió: “Lo he pensado bien, y veo que en efecto, no nos queda otro arbitrio que el de coger gachupines, por lo que acabaremos de cenar y daremos principio!”<sup>423</sup>

Ante esta manera tan precipitada de comenzar un movimiento que se pensaba iniciar de forma tan distinta, el mismo Arteaga se planteó algunas preguntas que aun hoy son pertinentes:

¿Dónde estaban los ejércitos que debía tener Allende y sus compañeros para apoyar y fundar en ellos sus esperanzas y sus triunfos? ¿Dónde los caudales necesarios para sostener esos mismos ejércitos? ¿Dónde los generales con cuya alianza podían contar?

---

“Proceso militar de Juan de Aldama” Chihuahua, 20 de mayo, 1811, AGN, *Historia*, f. 223-234; “Proceso militar de Hidalgo”, en Hernández y Dávalos, *Documentos para la Historia...*, v. I; “Memoria del último de los primeros soldados de la Independencia, Pedro José Sotelo”, en Hernández y Dávalos, *Documentos para la Historia...*, v. II.

<sup>423</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 72 y 73. Arteaga toma la información de lo ocurrido en esta plática de la narración de don Manuel María Malo que afirmaba que él mismo había escuchado hablar sobre el asunto a los tres implicados en la hacienda de la Erre. La versión de Lucas Alamán sobre las palabras de Hidalgo es la siguiente: “Caballeros, somos perdidos, aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines”. Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 241.

¿Dónde el prestigio y la preponderancia que dan las hazañas famosas y un nombre conocido de antemano?<sup>424</sup>

Y él mismo se contesta: “Nada de esto, porque, como hemos visto, no tenían más antecedentes que su valor, más recursos que su genio, más armas que la uniformidad de su pensamiento y su viva fe en el porvenir”.<sup>425</sup> Sin embargo, el valor y el genio no podían compensar la falta de apoyo y planeación y, al parecer, pronto se hizo evidente que había más discrepancia que uniformidad de pensamiento entre los líderes del movimiento.

Como lo apunta Christon Archer, desde un principio Hidalgo, Allende y sus seguidores criollos se convirtieron en rehenes de una rebelión que fue mucho más allá de su capacidad de ejercer el control. No contaban con los apoyos que habían planeado y tampoco podían confiarse en el genio militar de Allende porque, aunque había sido entrenado y estuvo en misiones especiales bajo las órdenes de jefes tan importantes como Calleja, nunca se había encontrado en una verdadera acción de guerra.<sup>426</sup>

Al responder en su causa sobre las razones que tuvo para decidirse a actuar, Allende expresó que, a pesar de tener un plan armado y de que se actuaría sobre todo en caso de que se intentara entregar el reino a los franceses, él tenía muy claro que si en un momento dado era descubierto y tuviera que asegurar su persona, prefería primero morir antes que rendirse,

[...] por persuadirse que siempre hiría á recibir muchas vejaciones y por ultimo á ser victima de los que consideraba sus Enemigos, como lo fuera el Lic. Verdad, Talamantes, y Santa María, y las vejaciones que sufrieran Chisto, Ascarate, Obregón, Beristain, Sisneros, Castillejo, Capitan Garcia Obeso, Michelena, Figueroa y otros; [...]<sup>427</sup>

<sup>424</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 74 y 75.

<sup>425</sup>*Ibidem*, p. 75.

<sup>426</sup>Christon Archer, “Bite of the Hydra: The Rebellion of Cura Miguel Hidalgo, 1810-1811”, en Jaime E. Rodríguez, *Patterns of Contention in Mexican History*, Wilmington, Delaware, A. Scholarly Resources Inc. Imprint, 1992, p. 76.

<sup>427</sup>“Causa instruida...”, p. 21 y 22.

Sabía que si a aquéllos se les había hecho sufrir lo indecible por el simple hecho de ser afectos a Iturrigaray, a él le iría mucho peor por haber comprometido gente. Así, Allende afirmó que al hablar con Aldama, Hidalgo y Santos Villa sobre las opciones que tenían, él dejó claro que de ninguna manera se entregaría. Empero, Allende también declaró que el decir esto no significaba que hubiera actuado pensando sólo en su persona. En todo caso, expresó, le hubiera sido más fácil huir, porque tenía las condiciones para hacerlo, pero al darse cuenta de que el plan de México se había frustrado, le quedaron las esperanzas de que al iniciar el movimiento, el reino se uniría a ellos si todo salía bien al principio y de esa manera, se ocuparían de defenderlo de los peligros que enfrentaba.<sup>428</sup>

Allende tenía muy claro que levantarse en armas contra las legítimas autoridades era considerado un delito de alta traición. El problema era que el gobierno en ese momento carecía precisamente de legitimidad:

El declarante siempre ha estado en esa inteligencia de que todo Vasallo que haga Armas contra las lexitimas autoridades incurre en el delito de alta traision, pero que habiendo faltado el Rey Don Fernando Septimo por la traision de su primer valido; y estar convencido de que este segundo en el espacio de diez y ocho ó mas años de su valimiento havia criado las autoridades, por cuya causa desconfiaba de las mas, y de aquí nacia el creerlos desnudos de aquellas prerrogativas, *por lo que lexos de estimar que cahia en delito de alta traision, lo estimaba en de alta lealtad, y mas cuando vio la impugnidad en que quedaron los que atentaron contra la Persona del Sor. Yturrigaray, [...]*<sup>429</sup>

Allende pensaba que si las autoridades que en ese momento se encontraban ejerciendo el mando en Nueva España, habían sido impuestas de manera ilegal y él se estaba levantando contra ellas, no podía, de ninguna manera, estar cometiendo traición alguna ni al rey, ni a las legítimas autoridades.

<sup>428</sup> *Ibidem*, p. 21-23.

<sup>429</sup> *Ibidem*, p. 23 y 24. Las cursivas son mías.

De esta forma se decidió comenzar el movimiento, aunque apoyándose principalmente en las clases bajas, contrariamente a lo que Allende hubiera querido.<sup>430</sup> Luego de resolverse a actuar de inmediato, salieron de la casa cural, Miguel Hidalgo, junto con su hermano Mariano, Ignacio Allende, Juan Aldama, José Santos Villa y 10 hombres más y se dirigieron a la cárcel para liberar a los reos, lo que les ayudó a reunir 80 hombres armados con espadas que pertenecían al Regimiento de la Reina. Allende y Aldama, por su parte, marcharon a casa del subdelegado Rincón para aprehenderlo tanto a él como a su esposa.<sup>431</sup>

Miguel Hidalgo llamó a misa más temprano de lo normal, ya que por ser domingo era más fácil que la gente comenzara a congregarse.<sup>432</sup> Después de reunir suficientes personas, el cura habló en el tono siguiente:

Ya ustedes habrán visto este movimiento: pues sepan que no tiene mas objeto que quitar el mando á los europeos, porque estos, como ustedes sabrán, se han entregado á los franceses y quieren que corramos la misma suerte, lo cual no hemos de consentir jamás, y ustedes como buenos patriotas, deben defender este pueblo hasta nuestra vuelta que no será muy dilatada, para organizar el gobierno.<sup>433</sup>

<sup>430</sup>Sobre esta situación William Davis Robinson dice en sus memorias: “Si Hidalgo hubiera reflexionado en que la mayor parte de los conspiradores eran criollos que se distinguían por su riqueza y por el elevado puesto que tenían en la sociedad y que, en consecuencia, se alarmarían ante una conmoción que amenazaba sus vidas y propiedades, hubiera seguido un curso muy diferente y hubiera tenido a su favor a casi todos los criollos del país. Mas, al hallarse desesperado, como ya se dijo, por considerar a sus colegas destruidos y descubiertos sus planes, usó a los indios como último recurso y al incitarlos a la destrucción de todos los gachupines cometió un terrible e irremediable error”. William Davis Robinson, *Memorias de la Revolución Mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina*, estudio introductorio, edición, traducción y notas de Virginia Guedea. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Fideicomiso Teixidor, 2003, 412 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40), p. 43.

<sup>431</sup>Alamán, *ibidem*, v. I, p. 241; “Causa instruida...”, p. 6.

<sup>432</sup>Alamán, *ibidem*.

<sup>433</sup>*Ibidem*, p. 242.

Después de pronunciar este discurso, Hidalgo, Allende y Aldama se dirigieron, junto con 300 hombres más, a San Miguel el Grande el mismo 16 de septiembre. A medida que avanzaban por distintas poblaciones, se les unían rancheros, indios y castas en su mayoría, armados de palos, lanzas, machetes y muy pocos con armas de fuego. En efecto, eran muchas las personas que se unían de momento al movimiento, pero casi ninguna con las características que Allende esperaba para lograr su objetivo. Él opinaba que no debía admitirse a todo el que se presentara por varias razones: no había cómo pagarles, no tenían idea de la subordinación y disciplina necesarias en casos como el que se presentaba, lo cual en lugar de hacerlos útiles los volvía incluso perjudiciales, y tampoco contaban con las armas requeridas ni con el conocimiento sobre su uso. Aun así, aceptó a su pesar que el ejército insurgente comenzara a integrarse con la multitud.<sup>434</sup>

Hidalgo salió primero de Dolores sin Allende ni Aldama porque a ellos los había ido a ver Miguel María Malo, que también era parte de la conspiración en San Miguel. Planearon alcanzar a Hidalgo en la hacienda de la Erre, cercana a Dolores, porque ahí se encontraba pasando una temporada la familia Malo y podían ofrecer comida y descanso a los insurgentes. De ahí, Hidalgo, Allende, Aldama y compañía partieron rumbo a San Miguel, haciendo una parada en el santuario de Atotonilco, donde tomaron de la casa del capellán Remigio González el lienzo de la virgen de Guadalupe que desde entonces los acompañaría.<sup>435</sup>

La comitiva insurgente llegó a San Miguel el Grande el 16 de septiembre por la noche. Allende mandó que los presos europeos que traían desde Dolores fueran puestos en el Colegio de San Francisco de Sales. Acto seguido, él mismo procedió a aprehender a los europeos que se hallaban precisamente en las casas consistoriales, buscando hacer resistencia a los insurgentes. Desde que se supo en San Miguel que se dirigía hacia allá un grupo de rebeldes, los vecinos comenzaron a preparar la defensa y se reunieron en las casas consistoriales, con las armas que tuvieran en ese momento.<sup>436</sup> En la puerta de las casas se

<sup>434</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 86; Liceaga, *op. cit.*, p. 56 y 57.

<sup>435</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 87-89; "Causa instruida...", p. 7.

<sup>436</sup>Liceaga, *op. cit.*, p. 59 y 60.

encontraban el cura don Francisco Uraga, el presbítero don Manuel Elguera y otros eclesiásticos, quienes le suplicaron que si había de verificarse la aprehensión, se hiciera sin uso de violencia, a lo que Allende respondió que en efecto se verificaría, y que no haría uso de las armas más que en caso extremo y además les dejaría manifiestas a los europeos las ventajas que obtendrían con la rendición, ya que de no hacerlo, sería difícil detener a la multitud que clamaba su muerte.<sup>437</sup> Cuando Allende intimó rendición a los demás vecinos que se encontraban en las casas, ellos le pedían que el coronel Narciso de la Canal estuviera ahí por ser una autoridad representante del rey. Ya con De la Canal presente, Allende expresó:

[...] ni yo, ni mis compañeros en la empresa tratamos de vengar agravio alguno personal, sino de sustraernos á la dominación extranjera, para lo que es absolutamente necesario aprehender á ustedes sin que nadie sea capaz de hacerme variar de esta firme resolución; pero al mismo tiempo les aseguro, que mientras yo viva, no sufrirán otras molestias, que las del mero arresto; pues en cuanto á sus personas, familias é intereses, yo me encargo de su seguridad y conservación.<sup>438</sup>

Ante esto, De la Canal se refirió a los españoles diciendo que debían confiar en la palabra de Allende, logrando con esto que los europeos entregaran sus armas.<sup>439</sup> Narciso María Loreto de la Canal, como coronel del Regimiento Provincial de Dragones de la Reina, tenía noticia de lo ocurrido en Dolores y de que Allende se dirigía a San Miguel desde la mañana del 16 de septiembre porque el subdelegado de Dolores le había mandado avisar. Sin embargo, hizo notar con acciones su simpatía hacia Allende, ya que al ser cuestionado por don Manuel de las Fuentes, vecino de San Miguel, sobre cómo sería organizada la defensa, respondió que si los europeos habían decidido defenderse, podían hacerlo, pero sin contar con los Dragones de la Reina porque,

<sup>437</sup> *Ibidem*, p. 60 y 61.

<sup>438</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 96.

<sup>439</sup> *Ibidem*, p. 96-99.

aunque en ese momento él mismo no sabía qué partido tomaría, suponía que sería el de los insurrectos por venir Allende al frente de ellos y ser de todos conocido que la tropa lo seguía mucho. El coronel De la Canal proponía interponer ante Allende sus relaciones de amistad para resolver la situación, mas no su autoridad porque la consideraba perdida desde el momento en que el movimiento de insurrección había estallado. Incluso, desde esa mañana, entregó el mando del regimiento a Vicente Camuñes.<sup>440</sup>

Habiéndose rendido los europeos Allende dispuso que se les condujera al Colegio de San Francisco de Sales, de la misma manera en que se había hecho con los de Dolores. Empero, esta operación tardó en efectuarse, ya que se le informó que Vicente Gelati, sargento mayor del Regimiento, se encontraba camino a su encuentro, acompañado por 16 veteranos del Regimiento de Dragones de la Reina. Allende salió a encontrarse con él y fue intimidado a darse por preso en nombre del rey, a lo que contestó que en todo caso, él le exigía lo mismo a Gelati, pero en nombre de la nación. No duró mucho la discusión, porque los dragones que acompañaban al sargento pronto se pasaron de lado del capitán Ignacio Allende, quien posteriormente procedió a desarmar a su antiguo superior, a reunirlo con los demás presos y a llevarlos, como estaba planeado, al Colegio de San Francisco, en donde se quedó como custodio Juan de Aldama.<sup>441</sup>

Pero por más que Allende intentara comenzar el movimiento de la manera más organizada posible había cosas que simplemente salían de sus manos. Y es que mientras él llevaba a los europeos presos al Colegio de San Francisco de Sales comenzaron a darse los primeros saqueos a casas de peninsulares. La primera en ser robada fue la de Francisco

<sup>440</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 89, 90 y 99. Sobre la actitud de Narciso María de la Canal, Alamán comenta que todo el Regimiento de la Reina de San Miguel se unió a la insurrección “sin que hiciese esfuerzo para estorbarlo el coronel D. Narciso María de la Canal, que aunque no tomó parte directa en la revolución, no parece que la ignorase ni desaprobare”. Alamán, *ibidem*, v. I, p. 247. De hecho, Narciso María Loreto de la Canal ofreció a Allende darle dinero para que escapara al exilio cuando se enteraron de que se descubrió la conspiración de Querétaro. Sin embargo, Allende no le tomó la palabra y prefirió ir a Dolores a buscar a Hidalgo. Tutino, *op. cit.*, p. 116.

<sup>441</sup>Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 247; Arteaga, *op. cit.*, p. 101; Liceaga, *op. cit.*, p. 62.

Landeta y cuando algunos hombres planeaban cómo podían hacer lo mismo con la de Pedro Lámbarri, acudió Allende acompañado de Hidalgo y les advirtió que mientras él estuviera al frente de la empresa, no iba a permitir ese tipo de desórdenes que en lugar de ayudar al movimiento lo desvirtuaban por completo. Apenas saliendo de ahí, se dio cuenta de que un tumulto se reunía frente a la casa de los Landeta intentando seguir con el robo que tiempo antes se había iniciado, por lo que esta vez Allende resolvió la situación a fuerza de cintarazos, hasta que logró disolver a la multitud.<sup>442</sup>

Enterado el sargento mayor Vicente Camuñes (el mismo a quien Narciso de la Canal habría cedido el mando) de lo que había ocurrido en Dolores, pensó que aun estaban a tiempo de cortar de raíz la insurrección, porque suponía que Allende no contaba más que con la poca tropa que habría conseguido en Dolores y los pocos dragones veteranos que venían con Gelati, en tanto que él tenía bajo su mando dos compañías completas del Regimiento de Dragones de la Reina, cada una con el armamento necesario. Por tal motivo mandó tocar generala y ya con los soldados reunidos les dijo que Allende e Hidalgo acababan de entrar a San Miguel con los franceses, por lo cual era absolutamente necesario aprehenderlos en nombre del rey.<sup>443</sup> Sin embargo, no contaba con que los capitanes José Llanos y Juan Cruces estaban coludidos con Allende y no sólo ignoraron sus instrucciones, sino que lo declararon preso, aparte de que los demás soldados también se mostraron en favor del capitán Ignacio Allende.

Según Benito Arteaga, Allende estaba seguro de que contaba con el completo apoyo del Regimiento de Dragones de la Reina de San Miguel, y por eso no había ido a tomarlo por la fuerza apenas llegó a la villa, sin embargo, una vez restablecido el orden, consideró importante tener de una vez reunida a toda la tropa del lugar. Primero dejó a Hidalgo en casa de su hermano Domingo para que se hospedara ahí y luego marchó rumbo al cuartel del regimiento, pero antes de llegar, se encontró precisamente con Cruces y Llanos, quienes le informaron lo ocurrido con Camuñes, a quien también se condujo preso al Colegio de

<sup>442</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 107.

<sup>443</sup>*Ibidem*, p. 109 y 110.

San Francisco. Allende nombró de manera interina a Juan Cruces como comandante militar del lugar para que se ocupara de que no volviera a romperse el orden, y posteriormente se dirigió a su casa donde ya lo esperaban Ignacio de Aldama, Miguel María Malo, Manuel Castimblanque y Felipe González, entre otros.<sup>444</sup>

La mañana del 17 de septiembre de 1810 inició con nuevos intentos de saqueo y robo por parte de quienes los habían comenzado la noche anterior, aun cuando Allende había formado algunas patrullas que se encargaran de que esta situación no se repitiera. Al darse cuenta de que dichas patrullas no serían suficientes, él mismo se dirigió hacia donde estaban los tumultos, montado en su caballo con espada en mano, y sólo así logró restablecer el orden, después de golpear a algunas personas que identificó de la noche anterior.<sup>445</sup>

Después de solucionar esa situación se dirigió a casa de su hermano Domingo a fin de encontrarse ahí con Hidalgo y ponerse de acuerdo sobre las acciones que tomarían en adelante. Esta primera entrevista entre los dos primeros caudillos después de iniciada la insurrección dejó ver las abismales diferencias entre las maneras de pensar de cada uno. El cura comenzó la plática haciéndole saber al capitán de dragones que le molestaba la manera en que se dirigía a la gente que los seguía, llegando al grado de golpearlos con su sable. Allende respondió que actuaría exactamente de la misma manera cada vez que intentara romperse el orden o ejercerse el robo, sobre todo en los caudales de los peninsulares que se encontraban presos en esos momentos; que lo que a él le molestaba era que el movimiento se apoyara en un grupo de personas sin armas, instrucción ni disciplina, que más afectaban sus planes que lo que los ayudaban. Lo que él quería era contar con tropa disciplinada y ya tenían con ellos al Regimiento de Dragones de la Reina de San Miguel y confiaba en que poco a poco se allegaría a ellos más tropa que engrosara su ejército de manera organizada.<sup>446</sup> En este sentido, Hugh Hamill dice: “Allende evidentemente creía que el Regimiento de la Reina atraería otros elementos milicianos mientras la campaña

<sup>444</sup>*Ibidem*, p. 110 y 111.

<sup>445</sup>*Ibidem*, p. 112 y 113.

<sup>446</sup>*Ibidem*, p. 114.

progresara, y que esas tropas americanas se combinarían rápidamente con los insurgentes para derrotar a las fuerzas peninsulares”.<sup>447</sup>

La opinión de Hidalgo, no obstante, era que si bien el robo y el saqueo no debían ser aplaudidos, de alguna manera era necesario tolerarlos en ese momento o, por lo menos, no castigarlos tan estrictamente, porque si no se quedarían sin gente, sin armas y sin dinero y, por lo tanto, sería muy poco lo que podrían avanzar.<sup>448</sup> A tanto llegó la discusión y la molestia de Allende que le dijo al cura que si era su deseo podía separarse de él y buscar el perdón con el intendente de Guanajuato o con el mismo virrey, mientras que él continuaría por su parte con la empresa, valiéndose de las personas que quisieran seguirlo sin importar cuál fuera el resultado final.<sup>449</sup> De esta forma, como lo expresa Arteaga, las diferencias serias entre Hidalgo y Allende sobre cómo concebir y conseguir el triunfo del movimiento no iniciaron después de ninguna batalla, sino en el comienzo mismo de la insurgencia.

Aquella primera discusión se solucionó (por lo menos momentáneamente) al ofrecer Hidalgo que al siguiente día se dirigiría al pueblo desde la casa de Domingo Allende animándolo a apoyarlos en la empresa, pero sin caer en excesos, lo cual en efecto realizó. Además, manifestó la conveniencia de nombrar autoridades en el movimiento para evitar en lo futuro que surgieran más diferencias y lograr una mejor organización. Allende reaccionó algo sorprendido de principio, pero después le expresó al cura que no tendría ningún problema en cederle el mando del movimiento, ya que reconocía que sus luces eran superiores, pero dejaba claro que abandonaría el ejército insurgente si éste

<sup>447</sup>Hamill, *op. cit.*, p. 148 “Allende evidently believed that the Regiment of the Queen would attract other militia elements as the campaign progressed, and that these American troops would quickly combine with the insurgents to overthrow the peninsular forces”.

<sup>448</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 114. A este respecto Villoro opina que en el momento de iniciar la lucha, Hidalgo deja de participar en el movimiento como miembro de la *intelligentsia* criolla, y en cambio, se deja absorber por completo por el pueblo y “[...] se convierte en la expresión de sus propios deseos”. Así, cuando Allende le pide llevar el movimiento de manera ordenada y teniendo un plan militar, el cura argumenta que hay que tolerar al pueblo para que éste no se disguste. Villoro, *op. cit.*, p. 77.

<sup>449</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 114 y 115.

no se conducía conforme a lo planeado y seguiría el movimiento por su parte llegara a donde llegara.<sup>450</sup>

A decir de Arteaga, Hidalgo se sorprendió por aquella respuesta y sugirió no volver a tocar el tema cuando de pronto llegó buscando a Allende el escribiente de la oficina de correos, Francisco Rovelo. El asunto que lo llevaba era saber qué debía hacer con un oficio extraordinario que había llegado a San Miguel proveniente de la intendencia de Guanajuato. Después de leer dicho oficio, Allende se volvió hacia Hidalgo y le expresó que el tono de ese documento despejaba las dudas sobre lo que justamente venían tratando; que en él, Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato, prevenía al subdelegado de San Miguel, Pedro Bellojín, que debía aprehender lo más rápidamente tanto a Allende como a Aldama, y que si era posible también se pusiera preso al cura Hidalgo, ya que su presencia en la insurrección era más peligrosa que la de los demás por sus talentos y su firmeza de carácter. Decía también Riaño que si Hidalgo se ponía al frente del movimiento sería muy difícil, “[...] cuando no imposible, contener sus estragos y sus avances.”<sup>451</sup>

Hidalgo se mostró agradecido ante tales expresiones y se resistió de principio a asumir el mando argumentando que había sido Allende quien lo invitó y que era una persona de edad avanzada. Sin embargo, la insistencia de Allende y de otros involucrados presentes, lo hicieron aceptar.<sup>452</sup>

En la tarde de ese mismo día, se efectuó una reunión convocada por Allende, a la que asistieron muchas personalidades importantes de San Miguel. En ella expresó que, debido a que pronto habrían de partir de aquel lugar, era necesario establecer autoridades que reemplazaran en sus puestos a los peninsulares presos. Por lo tanto, se decidió nombrar una junta donde se concentraran las facultades para tomar las decisiones de gobierno necesarias tanto en el ramo político como en el civil y el militar, y para trabajar a favor del movimiento. Dicha junta debía dar cuenta a Hidalgo de todo lo que ocurriera, sin importar dón-

<sup>450</sup> *Ibidem*, p. 115 y 116.

<sup>451</sup> *Ibidem*, p. 117-119.

<sup>452</sup> *Ibidem*, p. 120.

de se encontrara él, para poder recibir indicaciones. Ignacio Aldama sería su presidente y fungiría también como encargado de la comandancia militar de San Miguel.<sup>453</sup>

Después de establecer la junta de gobierno en San Miguel, se procedió a la organización de las tropas con que se contaba hasta el momento, iniciando con el nombramiento de cabos y sargentos hasta llegar al de tenientes y coroneles. En la formación de tropas se daba preferencia a quienes antiguamente se desempeñaban como soldados en el Regimiento de la Reina, tanto en el regimiento de Dolores, como en el de San Miguel. La fuerza de estos cuerpos no excedía los 200 hombres, incluyendo a los oficiales, pero no a los jefes de mayor graduación ni tampoco a Aldama ni a Abasolo, por no saber la suerte que podrían correr en un futuro cercano. Fuera de esos 200 soldados las tropas compuestas de rancheros e indios aun no pasaban de 6 000, aunque aumentaban con rapidez.<sup>454</sup>

Allende consideró necesario nombrar capitanes, tenientes coroneles y brigadieres, residiendo estos nombramientos en algunas personas de campo. Para tal efecto llamó de los cuatro rumbos más importantes de la ciudad, a los “administradores de haciendas, mayordomos ó dueños de ranchos [...]” para que juntaran los hombres que les fuera posible y que ingresaran al ejército en calidad de auxiliares, ya fuera en San Miguel o en alguna otra parte, pero siempre evitando caer en el robo y la indisciplina. Aunque esto no parecía hacerlo de muy buena gana, porque ya había manifestado a amigos suyos que “[...] más podría avanzarse en la insurrección con cinco ó seis mil hombres escogidos y bien armados que con cincuenta ó sesenta mil rancheros é indios de la clase de los que ya traían; [...]”. Sin embargo, Hidalgo le hizo ver la necesidad de marchar lo más pronto posible sobre Guanajuato porque los peninsulares podrían reaccionar ante la sorpresa de lo ocurrido, si tardaban demasiado.<sup>455</sup>

<sup>453</sup> *Ibidem*, p. 122-125. Desafortunadamente, según Arteaga, no existe ningún documento que pruebe la actividad de esta junta, como libros de actas o archivos, según él porque al triunfar las armas españolas nadie dejó algún documento que tuviera que ver con los primeros insurgentes.

<sup>454</sup> *Ibidem*, p. 126 y 127.

<sup>455</sup> *Ibidem*.

Por lo tanto, se decidió no esperar más de dos o tres días para avanzar sobre Guanajuato mientras esperaban que estuvieran terminadas 400 lanzas que Allende había mandado hacer, así que el 20 de septiembre de 1810 se pusieron en marcha. En el camino a Celaya los insurgentes se detuvieron un rato en el pueblo de San Juan de la Vega. El subdelegado de dicho pueblo, Juan Mogica, al ver la composición del ejército insurgente, se apresuró a enviar un oficio para su homólogo de Celaya. En el documento Mogica decía que si bien el ejército rebelde era numeroso se componía en su mayoría de rancheros y de indios muy mal armados y que si se les presentaba una buena resistencia podrían acabar con ellos antes de que adquirieran más fuerza y, entonces sí, fuera imposible combatirlos. Sin embargo, el emisario que debía entregar el mensaje en Celaya fue capturado por un grupo de insurgentes y llevado hasta Allende, quien simplemente, decidió guardar el mensaje y no decir nada de momento.<sup>456</sup> El mismo 20 de septiembre los insurgentes se encontraban frente a Celaya, acamparon en la hacienda de Santa Rita y mandaron una intimación a su ayuntamiento, firmada tanto por Miguel Hidalgo como por Ignacio Allende, en la cual amenazaban con degollar a 78 peninsulares que traían presos desde Dolores y San Miguel, si se les presentaba resistencia.<sup>457</sup> Allende firmó la intimación, pero aparentemente, no tuvo mucho que ver en la redacción del texto.<sup>458</sup>

La entrada a Celaya se verificó el 21 de septiembre de 1810, con Hidalgo a la cabeza, acompañado por Ignacio Allende, Juan Aldama y algunos otros jefes. Los seguían aproximadamente 100 dragones comandados por un oficial que cargaba un estandarte del rey Fernando VII y detrás de ellos la multitud, “gente de campo” a caballo y muchos indios desorganizados.<sup>459</sup>

<sup>456</sup> *Ibidem*, p. 128-130.

<sup>457</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 247.

<sup>458</sup> Hamill, *op. cit.*, p. 182. Hamill hace énfasis en que, aunque el documento estuviera firmado por ambos jefes, el hecho de que se usara un pronombre posesivo singular, daba a entender que el autor del documento era el comandante en jefe.

<sup>459</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 248. A decir de Alamán, apenas llegaron los insurgentes a Celaya, comenzaron de nuevo los saqueos en las casas de los vecinos peninsulares del lugar. Fue Aldama quien en esa ocasión expresó al cura Hidalgo su

El lugar donde se hospedaron los principales oficiales fue precisamente la casa del subdelegado Mogica, quien a la sazón ignoraba que su mensaje no había llegado nunca a Celaya. En cierto momento Allende lo llamó para hablar con él, preguntándole qué tipo de recibimiento debían esperar en Celaya, Mogica le respondió que tal vez sí les presentaran resistencia porque ignoraban que sus fuerzas ya estuvieran tan aumentadas. Ante la pregunta de cuál era su opinión personal sobre el movimiento, el subdelegado respondió que aún no contaba con ninguna, porque no sabía cuál era el objetivo del movimiento y que, por lo tanto, nunca se había expresado ni en favor, ni en contra.

En ese momento Allende le mostró el oficio que él mismo había escrito y le dijo que no sólo se había expresado sino que lo había hecho por escrito, lo que era más grave, pero aun así decidió no proceder en contra del funcionario y más bien le expresó que era libre de tener la opinión que quisiera, pero que en adelante debía ser mucho más precavido. Habiéndolo aconsejado de tal manera, Allende se despidió. Esta actitud del jefe insurgente impresionó tanto al subdelegado Mogica, que decidió unirse al movimiento.<sup>460</sup>

Ya instalados en Celaya se les preguntó a los miembros del ejército quiénes deseaban que tomara el grado de general para comandarlos en la lucha. Aparentemente la respuesta inmediata fue “Ignacio Allende”, sin embargo, el sanmiguelense tomó la palabra y expresó que desde el inicio él había dado las razones por las cuales convenía más que el primer mando lo tomara Hidalgo, por lo que el cura quedó nombrado como general del ejército insurgente, mientras que Allende se quedó con el grado de teniente general.<sup>461</sup> En Celaya, el ejército insur-

---

disgusto ante tales actos, pero éste le respondió “[...], que él no sabía otro modo de hacerse de partidarios, y que si Aldama lo tenía se lo propusiese; [...]”.

<sup>460</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 130-132. Arteaga manifiesta que de este momento hasta la muerte de Allende, tiene muy poca información que haya llegado a San Miguel y que por lo tanto, tomará como base las relaciones escritas en torno a la guerra de independencia, salvo cuando deba aclarar algo de lo que tenga seguridad que tiene información más acertada.

<sup>461</sup>*Ibidem*, p. 134. Arteaga afirma que esto decían algunos de los sobrevivientes del regimiento de dragones de la reina, además de que Robinson lo refería en sus memorias. Robinson, *op. cit.*, p. 42. Sin embargo, como lo afirma Archer, en “Bite of the Hydra...”, p. 77, el hecho de que Hidalgo fuera una figura carismática y que-

gente se vio además engrosado con las compañías del regimiento provincial del lugar que se le unieron. Al salir de Celaya, las tropas insurgentes llegaban a los 25 000 hombres.<sup>462</sup>

Mientras los insurgentes avanzaban el virrey Venegas mandó a Querétaro, que se consideraba por el momento el punto más vulnerable, a las fuerzas que guarnecían la capital al mando de Manuel Flon, conde de la Cadena, quien se desempeñaba como intendente de Puebla. Algunos días después mandó también para apoyar a estas fuerzas a la columna de granaderos y al Regimiento de Dragones de Línea de México, así como al Regimiento Provincial de Puebla. Se envió además a la tropa de mar de la fragata *Atocha* con la que el mismo Venegas había arribado a Nueva España.<sup>463</sup>

Al tiempo que el virrey disponía el envío de tropas para Querétaro y la capital, en San Luis Potosí se ponía al frente de sus brigadas Félix María Calleja del Rey y en Guadalajara hacía lo propio Roque Abarca. El virrey mandó a Valladolid a Manuel Merino, que era el intendente de esa provincia, al coronel Diego García Conde y, para ponerse al frente provincial de infantería de Michoacán, al coronel conde de Casa Rul.<sup>464</sup>

Pero los insurgentes no se dirigían a Querétaro sino a Guanajuato y por lo tanto era imperativo preparar su defensa. La noticia de lo que había ocurrido en Dolores la madrugada del 16 de septiembre llegó a aquella capital hasta el 18 del mismo mes. Al enterarse de los acontecimientos el intendente Juan Antonio Riaño mandó reunir a su Ayun-

---

rida, no significaba que pudiera realmente dirigir el movimiento. La gente no lo seguía porque estuviera de acuerdo con ciertos objetivos que él planteara, sino porque se sentía apegado a él de la misma forma en que se sentían hacia la figura de la Virgen de Guadalupe, o del rey “deseado”, Fernando.

<sup>462</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 248; Hamill, *op. cit.*, p. 135.

<sup>463</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 249.

<sup>464</sup> *Ibidem.*, p. 249 y 250. Había que responder de inmediato pero no se contaba con muchos hombres listos. Calleja, por ejemplo, al enterarse del levantamiento ocurrido el 16 de septiembre, tuvo que armar sus fuerzas de la nada. Pidió ayuda a las haciendas rurales y mandó construir armas. Christon Archer, “La Causa Buena, The Counterinsurgency Army and the Ten Years War”, en Jaime E. Rodríguez O, *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, California, Latin American Center Publications, University of California; Mexico/Chicano Program, University of California, Irvine, 1989, 374 p., p. 85-108, p. 87.

tamiento. Su decisión no fue atacar a Hidalgo, por no saber exactamente con cuántos hombres contaba éste y, en cambio, prefirió dedicarse por entero a preparar la defensa de la ciudad para cuando los atacara el ejército insurgente.<sup>465</sup>

La plebe de Guanajuato había mostrado su apoyo al intendente y había participado en las labores de defensa cuando se pensó que Hidalgo se acercaba. Riaño, sin embargo, temeroso de que el pueblo decidiera unirse a Hidalgo cuando éste hiciera su entrada en la ciudad, prefirió cambiar su táctica y buscar un lugar donde pudiera sostenerse mientras lo auxiliaban el virrey o Calleja que llegaría desde San Luis. Este lugar fue la alhóndiga de Granaditas, construida al poniente del cerro del Cuarto en el punto “[...] donde se juntan el río que atraviesa la población y el que baja de las minas, que por el nombre de una de ellas se llama de Cata.” Riaño hizo trasladar a ese edificio a los vecinos principales junto con sus caudales personales, la tropa, armas y municiones, los caudales reales y municipales, además de los archivos gubernamentales.<sup>466</sup>

El 28 de septiembre por la mañana los insurgentes se encontraban en la Hacienda de Burras, a cinco leguas de la ciudad de Guanajuato. Hidalgo envió desde ahí a Mariano Abasolo y a Camargo para entregar a Riaño una intimación de rendición donde le expresaba que había sido electo capitán general de América por 50 000 hombres, lo que le daba suficiente autoridad para pedirle que le entregara los peninsulares que se encontraban encerrados junto con él en la alhóndiga, aclarando que se ocuparían sus bienes hasta los cambios que se hicieran en el gobierno.<sup>467</sup> En esta intimación Hidalgo expresó que su proyecto consistía en proclamar la “independencia y libertad de la

<sup>465</sup>Para tal efecto cerró las calles de la ciudad, construyó fortificaciones para amurallar la plaza y la parte más importante de la población. Tanto los peninsulares como los criollos del lugar preparaban la defensa y se dispuso sobre todo dejar bien resguardadas las entradas de los caminos de Santa Rosa y Villalpando, porque conducían a Dolores y a San Miguel por la sierra. De la misma forma, ordenó que llegaran a la ciudad los regimientos de caballería del Príncipe de los pueblos cercanos y pidió apoyo tanto al virrey Venegas como a Calleja y al presidente de la audiencia de Guadalajara. Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 261.

<sup>466</sup>*Ibidem*, p. 263-265.

<sup>467</sup>*Ibidem*, p. 272.

nación” y no mencionó a Fernando VII.<sup>468</sup> Ignacio Allende esta vez no firmó con él la intimación.<sup>469</sup>

Aproximadamente al mediodía comenzó a llegar por la entrada de Guanajuato un grupo de 20 000 indios armado con lanzas, palos y flechas, a los que se unieron la plebe de la ciudad y los trabajadores de las minas. Ellos ocuparon las alturas y las casas que delimitaban la alhóndiga, en las que también se situaron los militares de Celaya; 2 000 hombres más formaban un cuerpo de caballería en el que había campesinos con lanzas, mezclados con dragones del Regimiento de la Reina.<sup>470</sup>

Riaño reforzó una trinchera que había mandado hacer en la bocacalle de los Pozitos porque pensó que los enemigos se agolparían por ese lado, pero al volver recibió un impacto de bala en el ojo izquierdo y cayó muerto.<sup>471</sup> La gente de Hidalgo, al encontrar la ciudad sin trincheras, llegó a la puerta de la alhóndiga y le prendió fuego. Inició así una fuerte acción en la que los europeos que la defendían no se pusieron de acuerdo. Unos pedían rendición, otros aventaban dinero para ver si esto calmaba a la multitud y otros más rogaban a los eclesiásticos les dieran la absolución. Quienes estaban en la hacienda de Dolores pelearon hasta que se acabaron las municiones causando muchas bajas a los insurgentes. A las 5 de la tarde terminó la acción.<sup>472</sup>

Resulta muy difícil saber de qué manera procedió Ignacio Allende en la toma de la alhóndiga, e incluso es aventurado asegurar que tomó parte o dirigió la batalla. Lucas Alamán afirma que Hidalgo permaneció en un cuartel y que Abasolo había estado tomando chocolate en una casa. ¿Dónde estaban Allende y Aldama? Benito Arteaga concluye que si Hidalgo no dirigió la batalla, lo tuvo que hacer Allende forzosamente.<sup>473</sup> Por otra parte, José María Liceaga niega rotundamente que Hi-

<sup>468</sup> Hamill, *op. cit.*, p. 131.

<sup>469</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 159.

<sup>470</sup> Bustamante, *op. cit.*, p. 35.

<sup>471</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 274 y 275.

<sup>472</sup> Villaseñor y Villaseñor, *op. cit.*, p. 38, opinaba que la toma de Granaditas demostraba la desunión entre las dos cabezas principales del movimiento insurgente porque ambos dieron órdenes de ataque, pero cuando se presentó la matanza ninguno estuvo presente para evitarla.

<sup>473</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 149.

dalgo hubiese permanecido en el cuartel de caballería del Regimiento del Príncipe y afirma que Hidalgo sí ocupó el cuartel, pero después de tomada la alhóndiga y cuando ya no corría ningún peligro.<sup>474</sup> En cuanto al caso de Abasolo comenta que si declaró que no estuvo en la acción fue seguramente para atenuar su responsabilidad y reflexiona acerca de que, si llegaba a Guanajuato después de recorrer un camino largo, lo primero que querría hacer sería tomar alimento y no esperaría hasta el mediodía, y en todo caso tomaría cualquier cosa y no chocolate, que a esa hora no se acostumbraba para nada, pero Liceaga tampoco menciona a Allende. Quien sí habla de él es Hugh Hamill; según este autor, los pocos peninsulares que lograron salvar la vida en la alhóndiga se lo debieron a Allende, quien llegó a tiempo para detener la matanza y llevar a los peninsulares a la cárcel y pidió a los insurgentes que no lastimaran a aquellos que se rindieran.<sup>475</sup>

Después de entrar en la alhóndiga se inició el saqueo. Hidalgo quería juntar las barras de plata y el dinero, pero poco pudo hacer para que su gente los sacara, por lo que hubo de conformarse con lo que se le pudo quitar a algunos con el argumento de que ese dinero pertenecía a la tesorería del ejército y que por eso no debía ser comprendido en el saqueo.<sup>476</sup> Según Alamán, desde la tarde después de la acción de la alhóndiga, y los días siguientes, se saquearon las casas y tiendas de los peninsulares. En un intento de terminar con el saqueo desenfrenado, Hidalgo mandó por bando del 30 de septiembre que éste cesara, pero no resultó y la gente, que ya no encontraba nada en tiendas y casas de europeos, comenzó a quitar los enrejados de los balcones y a querer

<sup>474</sup>Liceaga, *op. cit.*, p. 107-110. Según Liceaga, testigos que presenciaron la batalla lo vieron montado a caballo y con fusil en mano, recorriendo los puntos inmediatos a la alhóndiga. Incluso dice que no existen razones lógicas como para que no estuviera en la batalla. Para empezar contaba con un triunfo casi seguro por lo que no es verosímil que intentara esconderse para protegerse de una posible derrota. Además, la ubicación de dicho cuartel era totalmente opuesta a la de la alhóndiga y en un punto donde Hidalgo no tendría por donde escapar o ser auxiliado en caso necesario y en cambio sí estaría muy expuesto al ataque de cualquiera que estuviera en contra del movimiento insurgente.

<sup>475</sup>Hamill, *op. cit.*, p. 140.

<sup>476</sup>Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 280 y 281.

asaltar casas de criollos, ya que se decía que ahí había objetos de los europeos escondidos.<sup>477</sup> Tal era el desorden que el mismo Hidalgo, acompañado de los otros generales y de parte del Regimiento de la Reina, se dirigió a la plaza para detener a la plebe.

Allende también participó tratando de poner orden así:

[...], se le dió orden al pueblo para que se retirase y no obedeciéndola, Allende quiso apartarlo de las puertas de la tienda metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente, y cubierto entonces con toda clase de suciedades, estaba muy resbaladizo: Allende cayó con el caballo y haciendo que este se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó a dar con ella sobre la plebe que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido.<sup>478</sup>

Después de la violenta toma de Guanajuato, y con el fin de establecer un gobierno, Hidalgo reunió al Ayuntamiento de la ciudad en la sala de Cabildo.<sup>479</sup> Se procedió después a la organización militar y se levantaron dos regimientos de infantería, uno en Valenciana, cuyo coronel sería Casimiro Chovell, y otro en la ciudad, comandado por Bernardo Chico.<sup>480</sup>

<sup>477</sup> *Ibidem*, p. 282.

<sup>478</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>479</sup> *Ibidem*, p. 285. En la reunión con el ayuntamiento el cura manifestó a los asistentes que en Celaya 50 000 personas lo habían reconocido y proclamado capitán general de América, por lo cual en Guanajuato debía dársele el mismo reconocimiento. Tras haberse pronunciado en esos términos abandonó la sala para volver a convocar al ayuntamiento días después, pero esta vez con curas y vecinos principales para hablar sobre el gobierno que se establecería y sobre la creación de una casa de moneda.

<sup>480</sup> *Ibidem*, p. 287. Me llama la atención que Alamán no menciona para nada a Allende y Aldama en cuanto a la organización de tropas. Se limita a decir que Hidalgo levantó los regimientos. Esto hace un tanto difícil saber de qué manera procedían ellos. Al respecto de la formación del ejército insurgente en Guanajuato, Alamán dice, “Fue grande el número de empleos militares que Hidalgo dio, pues para obtenerlos no había mas que pedirlos, y cuando todavía no había nada que pudiese merecer el nombre de ejército, abundaban ya los coroneles y oficiales de todas las graduaciones, [...]”.

En aquel momento los insurgentes habían ganado una de las principales ciudades del reino, empero, la manera en que fue tomada Guanajuato y la participación que en ella tuvieron los indios y campesinos tuvieron graves consecuencias en la manera en que fue visto el movimiento. El desorden, los asesinatos y robos desconcertaron en gran medida a gente que hubiera constituido un poderoso apoyo para el movimiento y temieron perderlo todo. Su reacción fue no sólo dejar de apoyar a la insurgencia sino, incluso, tomar las armas contra ella.<sup>481</sup> La actitud de los peninsulares encerrándose con sus bienes en la alhóndiga y la furia del ataque insurgente provocaron, como lo comenta Archer, que se generara una masacre que polarizó las posiciones y fue de magnitud tal que la mayoría de los criollos decidió apoyar al lado realista.<sup>482</sup>

Había un hecho que preocupaba al bando insurgente, y éste era la preparación de tropas que hacía Félix María Calleja en San Luis. Después de que Hidalgo dispuso la organización de autoridades y fuerzas militares en Guanajuato, decidió abandonar la ciudad.<sup>483</sup>

Mientras tanto, Calleja disponía todo en San Luis para salir al encuentro de los insurgentes. Venegas le había pedido el 17 de septiembre que fuera pronto a Querétaro, pero Calleja se negó porque se había descubierto en San Luis una conspiración y tal vez varios oficiales inmiscuidos se pasarían al bando insurgente, por lo que no podía abandonar el lugar. Aun así, ofreció que cuando estuviera listo alcanzaría al conde de la Cadena que marchaba a Querétaro para llevar a cabo el plan propuesto por Venegas. Al tiempo que Calleja se preparaba en San Luis, Flon llegó a Querétaro.<sup>484</sup>

Hidalgo confiaba en que Calleja permanecería todavía un tiempo en San Luis y decidió marchar sobre Valladolid dejando a Guanajuato prácticamente indefensa. Para tal efecto el cura se unió a Mariano Jiménez, quien había salido de Guanajuato acompañado de 3 000 hombres el 8 de octubre. Hidalgo lo alcanzó el 10 del mismo mes, llevando consigo todo el dinero que tenía y 38 españoles, ya que los

<sup>481</sup>Mora, *op. cit.*, v. III, p. 34

<sup>482</sup>Archer, "Bite of the Hydra...", p. 78.

<sup>483</sup>Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 289.

<sup>484</sup>*Ibidem*, p. 293-295.

demás se habían dejado en la alhóndiga de Granaditas. Ambos caudillos se pusieron en camino hacia Valladolid, contando con el apoyo de más indios que se les unieron. Juan de Aldama, que se encontraba en Celaya, reunió más fuerzas y después se unió a Hidalgo en Indaparapeo.<sup>485</sup>

En Valladolid la resistencia se planeaba con el regimiento de infantería provincial y las compañías que comenzaron a formarse cuando se tuvo noticia del inicio del movimiento. Sin embargo, la disposición de la defensa bajó mucho cuando se supo que los coroneles Diego García Conde, el conde de Casa Rul y el intendente Merino, que eran enviados del virrey para ayudar, habían sido presos por el bando insurgente, cerca de Acámbaro.<sup>486</sup>

En Indaparapeo Allende sostuvo una conversación precisamente con García Conde y Merino. Según la narración de Allende les manifestó que había decidido iniciar la insurrección junto con Hidalgo porque sabía que se le quería aprehender por algunas críticas que había hecho, pero que los resultados de su empresa habían resultado felices porque ya contaban con más de 80 000 hombres y con la mayoría de las provincias ganadas, y que tal cosa sucedía porque el sentimiento contra los europeos que los subyugaban era general. Empero, a decir del mismo García Conde, durante la misma conversación, Allende le habría manifestado que sabía que el reino sufriría fatales consecuencias debido a la insurrección, “[...]; pero que ya la cosa estaba hecha y que no tenía remedio, consolándose con que, en el caso de suceder todo conforme yo lo temía, quedarían estos países a favor de los indios sus primeros dueños; [...]”<sup>487</sup>

El ejército insurgente entró en Valladolid el 17 de octubre de 1810, encabezado por Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Balleza.<sup>488</sup> Al llegar, Hidalgo quiso acudir a la catedral pero la encontró cerrada, hecho que le causó mucha molestia, aunque después los canónigos le ofrecieron disculpas. Al siguiente día dispuso que se

<sup>485</sup> *Ibidem*, p. 295 y 296.

<sup>486</sup> *Ibidem*, p. 296 y 297.

<sup>487</sup> “Relación de Diego García Conde al virrey Venegas”, *ibidem*, p. 378 y 379.

<sup>488</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 157.

efectuara una misa de acción de gracias, pero no quiso asistir y en su lugar fue solamente Allende.<sup>489</sup>

Desde antes de que llegaran los insurgentes a Valladolid se había formado en la ciudad una comisión compuesta por el canónigo Betancourt, el capitán José María Arancibia y el regidor Isidro Huarte para salir a recibir a los insurgentes en Indaparapeo.<sup>490</sup> Se había pactado con esta comisión que no habría saqueo, pero el día de la misa de acción de gracias no se pudo evitar que algunos indios entraran a casas de peninsulares a robar. Allende intentó terminar el desorden con gritos y luego con golpes, pero como no fuera suficiente mandó disparar un cañón, provocando la muerte a algunas personas e hiriendo a varias. Fue una actitud algo extremista, pero funcionó de momento porque se dispersó el grupo que estaba robando. Aun así, después de un rato volvió a reinar el desorden cuando se registró la muerte de algunos indios que se habían excedido en la comida y la bebida mezclando frutas y licores, provocando un fermento mortal. Ante estos sucesos, comenzó a correr el rumor de que estaba envenenado el aguardiente de la tienda de Isidro Huarte y de nuevo se lanzó la turba contra tiendas y casas. Para acallar estos rumores Allende bebió del mismo aguardiente frente a todos y logró así calmar a la gente.<sup>491</sup> Al terminar este incidente Allende fue en busca de Hidalgo para hablar –otra vez– sobre la necesidad de castigar con más firmeza los excesos y sobre la conveniencia de alejar del ejército a la multitud de indios que, lejos de rendir un beneficio a la causa, constituían un problema. Sin embargo, la respuesta de Hidalgo no varió y de nuevo argumentó la necesidad de tolerar ciertas faltas, a cambio de ganar hombres.<sup>492</sup>

Aun con estos problemas, la toma de Valladolid proporcionó a los insurgentes más hombres y recursos. Se les unió un regimiento de infantería, además del Regimiento de Dragones de Michoacán completo. Se tomaron además 400 000 pesos de los fondos de la catedral.<sup>493</sup>

<sup>489</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 297.

<sup>490</sup> Bustamante, *op. cit.*, p. 71.

<sup>491</sup> *Ibidem*, p. 74 y 75.

<sup>492</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 161.

<sup>493</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 299. Arteaga, *op. cit.*, p. 162, dice que tuvieron un aumento de más de 15 000 hombres, agregándose el regimiento de caballería pro-

Los insurgentes abandonaron Valladolid el 19 de octubre de 1810, ya que sabían lo importante que era marchar a la capital antes de que Calleja y Flon se reunieran y juntaran una fuerza que no les fuera posible combatir. Los principales caudillos, acompañados de su ejército, que ascendía en ese momento a más de 80 000 hombres, volvieron a Acámbaro. Ahí se proclamó generalísimo del ejército insurgente a Miguel Hidalgo y Costilla, capitán general a Ignacio Allende y Unzaga y tenientes generales a Juan Aldama, el padre Mariano Balleza, Mariano Jiménez y Arias.<sup>494</sup> A decir de Juan Ortiz Escamilla, aquí se cometió uno de los más graves tropiezos en cuanto a la organización militar insurgente. Se dio el grado de coronel a todo el que controlara 1 000 hombres. El principal error, según Ortiz, consistió en que “[...] se pasó por alto la capacidad y conocimientos militares de los jefes y sólo se tomó en cuenta el número de gentes que podían movilizar.”<sup>495</sup>

Calleja se unió con Flon en Dolores el 28 de octubre y tomó el mando. De la misma manera en que se había efectuado en San Miguel, en Dolores se verificó el saqueo de la casa del cura Hidalgo. Ya unidas, las fuerzas con que contaban los jefes realistas se componían aproximadamente de 6 a 7 000 hombres y contaban con 8 cañones de a cuatro.<sup>496</sup> Al tiempo que Calleja y Flon se reunían en Dolores, los insurgentes

---

vincial compuesto de “dos batallones; ocho compañías de infantería, que recientemente se habían levantado y el regimiento todo á dragones de Páscuaro”.

<sup>494</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 299. Según la narración de Diego García Conde, el uniforme de capitán general de Allende “[...] era una chaqueta de paño azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, galon de plata en todas las costuras, y un cordón en cada hombro que dando vuelta en círculo, se juntaban por debajo del brazo en un botón y borla colgando hasta medio muslo, [...]” “Relación de Diego García Conde al Virrey Venegas”, *ibidem*.

<sup>495</sup> Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno...*, p. 44. Además, como lo comenta Christon Archer, Hidalgo distribuyó altos rangos militares como incentivos a algunos líderes que residían fuera del Bajío, ocasionando con esto que se generara confusión en cuanto a la estructura de mando insurgente y que se reconociera como jefes en otros territorios a hombres que perseguían fines muy distintos a los de Hidalgo y compañía. Archer, “Bite of the Hydra...”, p. 91.

<sup>496</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 300-302. Cuando Flon pasó por San Miguel dejó que sus tropas saquearan las casas de Narciso María Loreto de la Canal, Ignacio Allende y Juan Aldama. También en Dolores, cuando Calleja y Flon ya estaban juntos, se saqueó la casa de Hidalgo.

marchaban sobre la capital, pasando por Maravatío e Ixtlahuaca. Venegas envió al teniente coronel Torcuato Trujillo para observar los movimientos insurgentes y evaluar si podría detenerlos.<sup>497</sup> Trujillo pretendía atacar a Hidalgo en Ixtlahuaca y para tal efecto salió de Toluca el 27 de octubre. El coronel realista había colocado una avanzada en el puente de Don Bernabé sobre el río Grande o de Lerma. Cuando salió de Toluca se encontró con la tropa que había mandado a este puente porque huyeron al darse cuenta que Hidalgo venía con todas sus fuerzas. Lo que hizo entonces fue irse al río Grande, tomar posición a la orilla y levantar un parapeto. El 29 de octubre se hicieron visibles las fuerzas de Hidalgo, pero Trujillo pensó que se trataba de un ataque falso y que el verdadero se daría sobre el puente de Atengo. Por lo tanto, mandó refuerzos a dicho punto, pero los insurgentes ya tenían la posición y ocuparon el único camino por donde Trujillo podría retirarse hacia la capital. Lo que tuvo que hacer el realista fue abandonar su posición en el puente del río Grande y replegarse con uno de los batallones de Tres Villas al Monte de las Cruces, posición que se encontraba a sólo seis leguas de la capital y desde donde se dominaba el camino de Toluca. Dejó además otro batallón de Tres Villas defendiendo el puente del río.<sup>498</sup>

El 30 de octubre por la mañana comenzó la acción de los cuerpos insurgentes que persiguieron a grupo de caballería realista que iba por el camino de Toluca. Uno de los miembros de este cuerpo fue a avisar a Trujillo que en horas sería atacado por Hidalgo. Los insurgentes presentaron sus fuerzas de ofensiva a las once de la mañana. Según Alamán, las tropas disciplinadas con que contaban los insurgentes doblaban a las que traía Trujillo consigo. Además, las conocían muy bien porque habían estado con ellas en el cantón de Jalapa y habían participado en los mismos ejercicios y simulacros. Las fuerzas insurrectas, armadas de cuatro cañones, estaban acompañadas por gran cantidad de campesinos armados por piedras y lanzas.<sup>499</sup>

Siguiendo a la multitud de indios que constituía la primera parte de las fuerzas insurgentes, Allende iba al frente de todos los regi-

<sup>497</sup>*Ibidem*, p. 304.

<sup>498</sup>*Ibidem*, p. 305.

<sup>499</sup>*Ibidem*, p. 305 y 306.

mientos de tropas disciplinadas que se le habían unido, es decir, del Regimiento de la Reina de San Miguel el Grande y de los que se adhirieron en Celaya, en Guanajuato y en Valladolid. Lo acompañaban en el comando de esas tropas Juan Aldama, Luis Malo y Mariano Jiménez, principalmente. A ambos flancos de las fuerzas insurgentes se ubicaron los rancheros de a pie y de a caballo, que se dividieron en fracciones.<sup>500</sup>

Trujillo puso los dos cañones que acababa de recibir en posiciones de ventaja y los escondió para que los insurgentes se acercaran con más confianza, y además mandó que no se iniciase acción hasta que los enemigos estuvieran realmente cerca para causarles más daño. Cuando esto ocurrió mandó hacer fuego a metralla poniendo en desorden la cabeza de la columna de los insurgentes, quienes comenzaron a usar su artillería sin que la infantería volviera a atacar por el momento. Los insurgentes estaban acomodados de tal forma que cuando dio inicio la batalla los primeros en recibir las descargas fueron los indios, sufriendo graves pérdidas. Allende decidió entonces hacer movimientos. Juntó a los hombres en quienes más confiaba, que según Benito Arteaga no pasaban de 1 200, y tomó camino por la falda de la sierra, para luego posicionarse junto con sus fuerzas en un llano. Ya ahí la infantería quedó al mando de Juan Aldama y Luis Malo; la artillería se encargó a Mariano Jiménez y Allende se ocupó de comandar la caballería.<sup>501</sup>

Entonces, Trujillo realizó un movimiento para atacar a los insurgentes por los costados. A la derecha de los rebeldes, el ataque lo perpetraron Antonio Bringas con sus voluntarios y los lanceros de Gabriel de Yermo, acompañados por dos compañías de Tres Villas encabezadas por el subteniente Ramón Reyes; por la izquierda, atacaron otras dos compañías de Tres Villas y una compañía provincial de México. Estas fuerzas se ubicaron en un monte de difícil acceso, desde donde hacían fuego a los rebeldes y eran conducidas por Agustín de Iturbide. Los insurgentes hicieron un intento de acercarse lo más que pudieran a Trujillo y lo lograron. No obstante, el ataque de Bringas les causó

<sup>500</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 174.

<sup>501</sup>*Ibidem*, p. 175.

muchas pérdidas, aunque también su tropa salió muy mal librada y él resultó gravemente herido.<sup>502</sup>

Quedaron tan cerca que entraron en contestaciones y los insurgentes invitaron a los militares criollos realistas a pasarse a su bando. Arteaga no puede explicar exactamente cuál fue el papel de Allende en estas contestaciones pero supone que, ya haya sido por su mandato o con su permiso, salió una comisión a hablar con el mismo Torcuato Trujillo, ofreciéndole que si se pasaba a las tropas insurgentes respetarían su vida y la de los europeos que iban con él.<sup>503</sup> Trujillo aprovechó la situación y los atrajo con estas pláticas hasta que en un momento, hizo que el teniente coronel Juan Antonio López les recogiese un estandarte de la virgen de Guadalupe que traían y mandó hacerles fuego.<sup>504</sup> Comenzó así, una segunda etapa de la batalla que duró hasta las cinco y media de la tarde.

Allende observó que entre las lomas que ocupaban los realistas había una que podría tomar para atacar a Trujillo por la retaguardia. Encargó el mando del grueso del ejército a Aldama y marchó con aproximadamente 300 hombres de infantería y caballería, más un cañón de palo. La mayor dificultad del plan consistía en llegar al punto elegido sin que el enemigo se percatara de que había dejado el campo de batalla y estaba haciendo un movimiento. Además, para llegar sin ser visto tenía que hacer un rodeo que implicaba aun más riesgo por la distancia que había que recorrer y por las dificultades que presentaba el terreno. El otro peligro que se corría era que al quedar sin apoyos las fuerzas insurgentes que en ese momento peleaban, era más fácil que pudieran ser envueltas.<sup>505</sup>

Mientras Allende intentaba posesionarse de aquella loma Agustín de Iturbide marchaba exactamente al mismo punto, pero al final tuvo que unirse de nuevo a las tropas de Trujillo, dejando libre el camino al jefe insurgente.<sup>506</sup> Cuando logró ocupar la posición deseada Allende comenzó el ataque. Trujillo se vio sorprendido y de momento no tenía

<sup>502</sup> *Ibidem*, p. 176, Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 306 y 307.

<sup>503</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 176.

<sup>504</sup> Alamán, *ibidem*, v. I, p. 307.

<sup>505</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 177 y 178.

<sup>506</sup> *Ibidem*, p. 178 y 179.

claro qué tropas eran las que se encontraban en aquel punto, si fuerzas insurgentes o algún cuerpo de refuerzo al bando realista.<sup>507</sup> Al verse rodeado Trujillo comenzó la retirada, pero en el proceso sus tropas aún hicieron buen daño a las fuerzas que mandaba Allende, provocando la muerte a algunos soldados insurgentes. Incluso el caballo en el que Allende montaba fue derribado en ese momento por un disparo a quemarropa.<sup>508</sup> Las tropas comandadas por Trujillo marcharon sobre Cuajimalpa y posteriormente a Santa Fe.<sup>509</sup>

Sobre el papel de Allende en esta batalla, Lucas Alamán comenta:

[...], y sus disposiciones fueron tomadas con acierto para cortar á Trujillo en Lerma, así como en el acto del combate, y en la colocación de la batería cuyos fuegos molestaron tanto a los realistas enfilando su línea, la que fue establecida por Jiménez. Dícese que Allende se condujo con valor y que le mataron el caballo que montaba.<sup>510</sup>

Esta fue la primera vez que las fuerzas insurgentes se enfrentaron con tropas disciplinadas. Trujillo y sus tropas pudieron encontrar la manera de retirarse y para los insurgentes la victoria no fue muy placentera. Aunque sólo 2 000 de sus hombres murieron, muchos más estaban fuera de combate debido a las heridas y cientos de indios y castas, aterrorizados, desertaron.<sup>511</sup> Aun así, como lo comenta Archer, la batalla del Monte de Las Cruces demostró que los insurgentes contaban por lo menos con alguna organización y cierto conocimiento de tácticas.<sup>512</sup>

Aun con lo fuerte que había sido la batalla, para Allende era el momento justo de dirigirse a la capital y tomarla. Pensaba que había que aprovechar el entusiasmo que tenían los soldados por haber vencido a Trujillo, además de los adeptos con que contaban en la capital. Si en ese momento se lanzaban contra la ciudad de México no sería

<sup>507</sup> *Ibidem*, p. 179 y 180.

<sup>508</sup> *Ibidem*, p. 180.

<sup>509</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 307.

<sup>510</sup> *Ibidem*, p. 308.

<sup>511</sup> Hamill, *op. cit.*, p. 126.

<sup>512</sup> Archer, "Bite of the Hydra...", p. 89.

suficiente para defenderla la guarnición con la que contaba, y, al tomarla, los insurgentes tendrían asegurados recursos que harían muy difícil que el gobierno pudiera reaccionar.<sup>513</sup>

Sin embargo, cuando Allende e Hidalgo comenzaron a enviar correos a sus agentes y amigos para acordar el modo de proceder, se toparon con que muchos se resistían a cumplir sus encargos por el impacto que les había causado el modo en que se venía presentando la guerra.<sup>514</sup> Los insurgentes tenían esperanzas de que se les uniera parte de la élite de la ciudad de México, pero eso no ocurrió. Al ver que estaban frente a un movimiento constituido principalmente por el pueblo, las élites de la ciudad no reaccionaron en su favor. Virginia Guedea comenta que los criollos de la capital se encontraban indecisos entre las opciones que se les presentaban. Podían

[...] apoyar a una rebelión que les era en buena medida ajena, no por quienes se hallaban al frente de ella sino por la composición, origen, intereses y comportamiento de los grupos rebeldes, que además se mostraba terriblemente destructiva y cuyos objetivos no estaban definidos con claridad, pero a la que quizás por esto último se podían encauzar para el logro de determinados propósitos. Por otro, aceptar indefinidamente la sujeción, la represión, el sometimiento, en espera de la ocasión adecuada

Para Guedea, fue justamente este sentimiento de indecisión fue el que se hizo presente cuando Hidalgo se acercó a la ciudad. Ante el peligro de la cercanía insurgente, pocos fueron los capitalinos que hicieron caso a la llamada del virrey para defender la capital, pero tampoco se movieron para dejar entrar a los insurgentes.<sup>515</sup> Sin embargo,

<sup>513</sup>Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 308.

<sup>514</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 86 y 87.

<sup>515</sup>Guedea, *En busca de un gobierno alterno...*, p. 45-47. Guedea comenta que la retirada de los insurgentes sin atacar la capital bajó los ánimos de quienes ahí los apoyaban, pero también les hizo ver la necesidad de organizarse para poder colaborar de forma activa con el movimiento. Aparentemente, la poca colaboración de los capitalinos hacia Hidalgo, a partir de su cercanía con la capital, hizo que se les creara mala fama entre las huestes insurgentes.

en la ciudad parecía inminente la llegada de estas fuerzas, por lo que el virrey Venegas tomó sus precauciones.<sup>516</sup>

El 31 de octubre Jiménez con otros tres oficiales, fue comisionado para remitir un pliego de intimidación al virrey. Sin embargo, éste no quiso ni oírlos.<sup>517</sup> Allende le expresó en ese momento a Hidalgo que no era preciso dirigirle ningún mensaje al virrey o en todo caso, habría que actuar conforme a su respuesta pero el pliego se envió de todos modos.<sup>518</sup>

Hidalgo permaneció con sus tropas en Cuajimalpa el 31 de octubre y 1° de noviembre, aunque también tenía gente que se movía por Coyoacán, San Ángel y San Agustín de las Cuevas. Según Alamán lo que esperaba era que su entrada en la capital fuera triunfante y sin necesidad de combatir, pero, en realidad, no encontraba manifestaciones en su favor, ni aun de parte de sus agentes secretos. También pudo considerar que Venegas se había fortificado y pensar que después de todas las pérdidas que tuvo en el Monte de las Cruces su ejército no estaría listo para enfrentar el combate que seguramente se ejecutaría. Por otro lado, se enteró por un correo interceptado de la marcha de Calleja a la capital por lo que pensó que, aun en el caso de tomarla, si llegaba aquel jefe realista sus tropas estarían en desorden y no serían capaces de triunfar frente a él.<sup>519</sup>

En este sentido, Lorenzo de Zavala opinaba que el hecho de que los insurgentes no hubieran aprovechado la oportunidad de entrar a la

<sup>516</sup>Puso en el Paseo de Bucareli a la tropa de que podía disponer y situó artillería en Chapultepec, y Gabriel Yermo, junto con su hermano, le proporcionaron aproximadamente 500 hombres que trabajaban en sus haciendas. Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 312.

<sup>517</sup>*Ibidem.*

<sup>518</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 183 y 184. Arteaga se basa en el testimonio de dragones de la reina que sobrevivieron.

<sup>519</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 86 y 87. Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 314. En este sentido, Archer comenta que los excesos que habían tenido lugar en las fuerzas insurgentes alejaron a muchos partidarios criollos después de las primeras victorias y que cuando algunos soldados mestizos e indios abandonaron el movimiento los oficiales criollos no pudieron manejar ese proceso de desintegración. Esto, aunado a las grandes dificultades que los insurgentes tenían en cuanto a logística y abastecimiento de armas es lo que puede explicar, según Archer, el debate en cuanto a por qué no se ocupó la ciudad de México. Archer, "Bite of the Hydra...", p. 90 y 91.

ciudad de México se debió a que Hidalgo no contaba con un plan, sistema u objetivo determinado: “*Viva nuestra señora de Guadalupe* era su única base de operaciones: la bandera nacional, en que estaba pintada su imagen, su código y sus instituciones”. En cuanto a Allende dice que: “Allende tenía mas disposición; pero ni era escuchado, ni su capacidad estaba tampoco á la altura de las nuevas ecsigencias”.<sup>520</sup>

Allende había propuesto a Hidalgo que se tratara con el virrey a través de García Conde y los demás que traían consigo, pero el cura no accedió.<sup>521</sup> Esto, aunado a que no estaba para nada de acuerdo con la idea de retirarse cuando se encontraban tan cerca de la capital, provocó que se hiciera evidente en él un descontento con Hidalgo que crecía desde hacía tiempo.<sup>522</sup> No sólo Allende quería entrar a la capital, su opinión era secundada por Aldama y algunos otros oficiales, pero al parecer fue la cercanía de Calleja la que decidió a la mayoría en favor de Hidalgo. De todas formas, como lo comenta Hugh Hamill, aun antes de tomarse esta decisión, el rencor existente entre Allende e Hidalgo ya era muy grande.<sup>523</sup> García Conde manifiesta en su narración que, según se le explicó, lo que obligó a los insurgentes a retirarse sin entrar a la capital fue “[...], la contestación que recibieron de algunos de sus emisarios: [...]”.<sup>524</sup>

Acciones de Allende después del frustrado acercamiento a la capital

El ejército de Hidalgo se puso en marcha el 2 de noviembre por el camino de Ixtlahuaca, por donde había llegado. Marchó hacia Querétaro, ya que Hidalgo quería aprovechar que Calleja había salido de ahí para poder tomarlo. Al retirarse, la gente que los seguía se redujo a la mitad porque muchos indios que se les habían unido regresaron a los pueblos donde vivían.<sup>525</sup> Calleja planeaba tomar el rumbo de Dolores y luego ir por Celaya y Acámbaro hacia el valle de Toluca para atacar a los insur-

<sup>520</sup>Lorenzo de Zavala, p. 47.

<sup>521</sup>García Conde, *op. cit.*, p. 388.

<sup>522</sup>Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 315.

<sup>523</sup>Hamill, *op. cit.*, p. 179.

<sup>524</sup>García Conde, *op. cit.*, p. 384.

<sup>525</sup>Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 315.

gentes, pero fue avisado del riesgo en que se encontraba Querétaro, así que prefirió marchar hacia allá. Cuando llegó, el 1° de noviembre, le entregaron las comunicaciones del virrey donde le pedía ayuda y dos días después salió con rumbo a la capital.<sup>526</sup>

En las inmediaciones de Aculco se reincorporaron al ejército insurgente los Aldama, que venían de San Miguel el Grande, acompañados por sus esposas. Ignacio Aldama aprovechó para alertar al cura sobre los excesos que cometían muchos indios, como el asesinar a europeos que contaban con papel de resguardo para transitar, e incluso impedir que fueran enterrados por el cura del pueblo, pero recibió la respuesta de siempre. El malestar contra el cura era general entre la gente de Allende. De hecho, según lo relata García Conde, “Retirado Hidalgo, Allende y los Aldamas siguieron hablando del estado de las cosas é imputando la culpa de todo a Hidalgo, de quien Allende no hablaba sino llamándole “el bribón del cura”.” Los Aldama estaban adheridos a Allende y participaban de sus opiniones. Según el mismo García Conde, en la noche anterior a la batalla tanto Allende como los Aldama hablaron sobre los resultados fatales de la lucha que habían iniciado, pero concluían que “[...] la cosa ya estaba hecha y que no tenía remedio, porque se les habían cerrado las puertas.”<sup>527</sup> Mientras tanto, se tomaron las medidas defensivas necesarias para esperar el ataque de los realistas, que se verificaría muy pronto.<sup>528</sup>

<sup>526</sup> *Ibidem*, p. 315 y 316.

<sup>527</sup> García Conde, *op. cit.*, p. 387.

<sup>528</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 316. Conviene aquí hacer un paréntesis para explicar de qué manera entró Indalecio Allende al ejército insurgente, ya que lo hizo en esta etapa de la lucha. El hijo mayor de Ignacio Allende, que en esos momentos contaba con aproximadamente veinte años de edad, había ingresado a los catorce años al Colegio de San Francisco de Sales de San Miguel el Grande, donde estudió principalmente gramática. Posteriormente, entró al curso de artes del colegio pero no terminó porque al empezar sus vacaciones, en el verano de 1810, cambió por completo su situación. Indalecio sabía del secreto en el que su padre estaba involucrado desde el tiempo de las conspiraciones y guardó silencio por mucho tiempo, pero en determinado momento no pudo evitar contarle a su madre lo que su padre junto con su compañeros, planeaba hacer. Ella, al saber el peligro en el que se encontraría su hijo si decidía unirse a Allende decidió tomar como pretexto las vacaciones de verano para mandarlo al pueblo de Santa María del Río, encargándolo al cura D. N. Carmiño, con la instrucción de que no se separara de él hasta que ella se

Allende tenía una opinión muy clara: prefería evitar el encuentro. Pensaba que estando sus tropas tan poco disciplinadas, no tendrían manera de presentar una resistencia eficaz a Calleja. Sin embargo, la idea de Hidalgo era opuesta. Él proponía esperar el encuentro con Calleja y presentarle batalla con todas sus fuerzas. Éstas eran las dos principales posturas y con ellas se encontraba dividida la cúpula del ejército insurgente. Por lo tanto, Allende propuso llamar a una junta de guerra para evaluar cuál sería la mejor opción a seguir en el momento.

El argumento de Allende en la junta fue el siguiente: Calleja se encontraba en camino, acompañado de aproximadamente 11 000 hombres suficientemente armados y disciplinados, mientras que el ejército insurgente, si bien se había mostrado valeroso al momento de presentar la batalla y podía ser más numeroso, en ese momento constituía también un blanco más fácil sobre el que se lanzarían las fuerzas comandadas por Calleja. Allende explicaba que en cuestión de táctica era reprobable presentar un ejército compuesto de pueblo frente otro constituido por fuerzas disciplinadas y que enfrentar un combate haciendo caso al ímpetu de la gente, sin pensar en las consecuencias, sería un grave error porque chocarían fuerzas muy desiguales.<sup>529</sup> Ponía por ejemplo lo que podría pasar en dos casos concretos: que buscaran ir al ataque, o que esperaran al enemigo. En el primer caso, no podían confiar en que las tropas insurgentes estarían listas para presentar batalla a las de Calleja, porque los cuerpos disciplinados con que contaban

---

lo pidiera. Sin embargo, al estallar el conflicto el 16 de septiembre de 1810, el cura Carmiño se vio comprometido y mandó a Indalecio a casa de un pariente suyo en Irapuato, donde el chico permaneció hasta octubre. En ese mes ocurrió que don Miguel Malo, hermano de Luis Malo, que peleaba junto a Ignacio Allende, al saber el rumor de que los insurgentes se acercaban a México, decidió marchar para allá y encontrarse ahí con su hermano. Para tal efecto pudo haber tomado camino por Querétaro, pero por temor a encontrarse con las tropas realistas, decidió marchar por Valladolid. Ocurrió entonces que, hospedado muy cerca de Irapuato, se encontró en un mesón con Indalecio, quien había sido encomendado a un señor de nombre Antonio Jara, para que lo llevara con su madre. Al saber que Miguel Malo se dirigía al encuentro de los insurgentes, no hubo poder humano que persuadiera al muchacho de no acompañarlo y fue así como finalmente logró unirse a su padre en Tlacomulco, Arteaga, *op. cit.*, p. 192-195.

<sup>529</sup> *Ibidem*, p. 196 y 197. Arteaga decía que tenía copia de una parte del dictamen que Allende leyó en la junta y transcribe una parte.

eran muy pocos y se hallaban además incompletos por haberse requerido de algunos oficiales para que instruyeran a las nuevas tropas. En el segundo caso, el enemigo tendría toda la confianza de ir hacia adelante conociendo ya las ventajas que tenían frente a los insurgentes, y si no conseguían una victoria absoluta por lo menos tenían asegurada una retirada tranquila y en el momento en que a ellos les conviniera.<sup>530</sup>

¿Qué se podía hacer entonces? Según Allende, pelear en ese momento implicaría derramar sangre inútilmente, en cambio, proponía dividirse en varias partidas para hostilizar al enemigo por distintos puntos, al tiempo que se intentaba seducir a los soldados realistas por medio de agentes. El plan concretamente consistiría en fingir que se levantaba el campo, para después convertirlo en un sitio y combatir a los realistas de forma incesante. De nuevo, su proyecto no tuvo éxito. Después de una votación resultó que sólo Aldama y Jiménez estaban a su favor. Los demás, incluso Luis Malo, prefirieron el plan de Hidalgo. Después de tomada la decisión, el ejército insurgente marchó rumbo a Aculco.<sup>531</sup>

El 6 de noviembre de 1810 las avanzadas de Calleja se toparon con las de Hidalgo en Arroyozarco y de esta manera se supo que las fuerzas insurgentes se encontraban en el pueblo inmediato de San Jerónimo Aculco. Ninguno de los dos sabía que tenía tan cerca al otro. Al darse cuenta de la situación, Calleja envió al coronel Emparan a informarse y con las nuevas que le dio decidió marchar sobre Hidalgo con todo su ejército.

Los insurgentes ocuparon una loma de forma rectangular que dominaba al pueblo y sobre ella organizaron su formación en dos líneas que en medio tenían a mucha gente agrupada. Según Alamán, la multitud no bajaba de 40 000 hombres, aunque en desorden. En los bordes de la loma fueron colocadas doce piezas de artillería.<sup>532</sup> Según Benito Arteaga, Allende dio las órdenes para que el ejército se pusiera en línea de batalla y acomodó la artillería, aunque mandando que no se disparara ni un tiro hasta que el enemigo no estuviera cerca.<sup>533</sup>

<sup>530</sup> *Ibidem*, p. 197 y 198.

<sup>531</sup> *Ibidem*, p. 200 y 201.

<sup>532</sup> Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 316 y 317.

<sup>533</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 202.

Calleja, por su parte, dispuso el ataque en tres columnas de infantería, contando cada una con dos piezas de artillería. En cada costado colocó una sección de caballería, y la del lado derecho tenía dos cañones ligeros. Calleja contaba además con una reserva y un pequeño cuerpo de infantería que entrarían en acción en caso necesario. Del lado insurgente, a pesar de que se dio la instrucción de no disparar ni iniciar el combate, se disparó uno de sus cañones dando inicio a la batalla.

Los realistas avanzaron y los insurgentes rompieron fuego, pero no lograban acertar a los realistas. Entonces, Calleja hizo disparar su artillería y al mismo tiempo movió su caballería a la izquierda amenazando con rodear la retaguardia enemiga. La dispersión del contingente insurgente fue inevitable, a pesar de los intentos que hacía Allende junto con Aldama, Malo y Jiménez de detener a quienes huían.<sup>534</sup> Lorenzo de Zavala dice al respecto: “Qué podía hacer el coronel Allende, por mas conocimientos que se le supongan, con mas de cien mil indios, que ni entendían el idioma, que mucho menos eran capaces de someterse á la disciplina, y que tenían que entrar en accion inmediatamente? Ademas, no había provisiones de guerra ni de boca, ni ecsistia en aquella barahunda orden, armonía, subordinación, ni gefes; por último, nada ecsistia”.<sup>535</sup>

Guanajuato y Valladolid: Jefes distintos, movimientos distintos

Allende no siguió a Hidalgo después de la derrota de Aculco sino que marchó a Guanajuato acompañado por Ignacio y Juan Aldama, Luis Malo y Mariano Jiménez, así como por alguna tropa que lo siguió,

<sup>534</sup>*Ibidem.*, p. 203.

<sup>535</sup>Zavala, *op. cit.*, p. 48. Calleja recobró los cañones perdidos por Trujillo en el Monte de las Cruces además de una gran cantidad de municiones de los insurgentes. También quedaron libres los coroneles conde de Casa Rul, García Conde y el intendente de Valladolid, Merino, y se dejaron libres a las familias de los Aldama. Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 318 y 319. Según Benito Arteaga, estos prisioneros no quedaron libres a consecuencia de la victoria realista, sino que Allende los liberó con la única condición de que no tomaran las armas en su contra, lo cual obviamente no cumplieron. Arteaga, *op. cit.*, p. 207.

mientras que el cura se dirigió a Valladolid.<sup>536</sup> Calleja, por su parte, fue a Querétaro con el objetivo de evitar que los insurgentes volvieran a unirse, para después irse a Guanajuato.<sup>537</sup>

Desde Celaya, Allende le envió un oficio al intendente de Guanajuato avisándole de la derrota que habían sufrido y pidiéndole que preparara hospedaje para 3 000 hombres que se dirigían con él hacia Guanajuato para proveerse de artillería. Con él iban aproximadamente 2 000 hombres de caballería y 30 dragones del Regimiento de la Reina.<sup>538</sup> La entrada a Guanajuato se efectuó el 13 de noviembre. En la ciudad eran esperados por los miembros del Ayuntamiento y las demás autoridades. El asunto más importante y urgente que había que tratar era la defensa de la ciudad, ya que era seguro que Calleja se dirigía hacia allá. A falta de fusiles, debían enfocarse en la artillería y en la fundición de cañones.<sup>539</sup> Al siguiente día de su llegada Allende mandó que se provisionara la ciudad en caso de vivir un sitio y que se mandaran avisos para otros jefes insurgentes, pidiendo que lo más pronto posible marcharan en su ayuda.<sup>540</sup>

De los cañones que Allende mandó fabricar, 22 eran los que servirían. Lo más seguro era que Calleja llegara con sus tropas por la entrada de la cañada de Marfil, por lo que esos 22 cañones con los que contaban se colocaron en los puntos que Allende consideró más estratégicos de aquella entrada para causar el mayor daño posible al enemigo. Además, al transitar Calleja por esa entrada, tenía que pasar forzosamente por una “garganta” muy estrecha y que hacia ambos lados tenía montañas. Se prepararon entonces también unos barrenos en ciertos puntos para que en su momento, provocaran la caída de rocas sobre el enemigo.<sup>541</sup>

Aparte de ocuparse de las armas que podría utilizar Allende necesitaba reunir más gente en contra de Calleja, por lo tanto, y atendiendo

<sup>536</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 208.

<sup>537</sup>Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 319.

<sup>538</sup>Liceaga, *op. cit.*, p. 149.

<sup>539</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 24. Según Arteaga, la tropa con que contaba Allende no pasaba de 15 000 hombres. Arteaga, *op. cit.*, p. 216.

<sup>540</sup>Liceaga, *op. cit.*, p. 149.

<sup>541</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 99.

al consejo de que debía asociarse a eclesiásticos, mandó hacer una función solemne el 18 de noviembre para venerar a la virgen patrona de la ciudad. Ese día era la octava de la fiesta del Patrocinio de la Señora, por lo que se sacó en procesión al Santísimo Sacramento y a la virgen. Aldama, Arias, Jiménez y Abasolo se encargaron de cargar las andas sobre las que estaba colocada la virgen, mientras que Allende cargaba la cauda del manto con el que se le cubría. También marchó en la procesión el regimiento de infantería de Guanajuato. Ellos se encargaban de cerrar la procesión.<sup>542</sup> Al siguiente día Allende reunió al clero de Guanajuato y Aldama se encargó de exhortarlos para que persuadieran a la gente de defender su religión con la vida misma si fuera necesario.<sup>543</sup>

Rafael Iriarte envió desde Zacatecas un mensaje al 13 de noviembre para avisar que marcharía hacia Guanajuato en socorro de Allende.<sup>544</sup> En dicho mensaje preguntaba a fray Luis de Herrera, emisario insurgente en San Luis, si en su camino podía pasar por aquel lugar, obteniendo respuesta afirmativa. El recibimiento de Iriarte en San Luis fue con *salvas y te deum*, a lo que él respondió organizando un baile en el cual los principales invitados eran los legos Herrera y fray Juan de Villerías y el

<sup>542</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 25.

<sup>543</sup> *Ibidem*, Arteaga, *op. cit.*, p. 209 Hablando sobre las labores de defensa que Allende y compañía preparaban en Guanajuato, Alamán comenta que quien más se ocupaba en ellas era realmente Chovell, y que aunque todos los demás jefes acudían diariamente a supervisar los avances, esto no obstaba para que se dedicaran a diversiones poco dignas. Afirma Alamán que en las casas reales donde los jefes insurgentes se hospedaban, siempre estaba puesta la mesa de juego y acudían personas de dudosa reputación, situación que contribuía a que se desacreditara su causa.

<sup>544</sup> A pesar de la derrota en Aculco, la insurgencia se esparció con éxito por Nueva Galicia, Zacatecas, San Luis Potosí y también en las Provincias Internas de Oriente, gracias a los agentes enviados a aquellos territorios por los principales jefes. A pesar de que Allende tenía como objetivo que la revolución estallara en varios puntos al mismo tiempo, el hecho de que el movimiento comenzara abruptamente como se verificó imposibilitó esta opción, quedando como única vía el uso de comisionados para que la propagaran cuando ésta ya había iniciado. El comisionado para propagar la insurrección en Jalisco fue José Antonio Torres, quien tomó Guadalajara el 11 de noviembre de 1810. Después, el cura Mercado tomó sin mayor problema el puerto de San Blas. Zacatecas fue tomada por Iriarte el 13 de noviembre. También San Luis quedó en poder insurgente en noviembre de 1810, gracias a los trabajos de los legos fray Luis de Herrera y fray Juan de Villerías. Alamán, *op. cit.*, v. I, p. 321; v. II, p. 8, 9, 13, 15, 16-21.

oficial Sevilla. No obstante, en medio de la reunión, entró gente del mismo Iriarte a apresar a los tres invitados mientras otra porción de su gente se apoderaba de la ciudad. En ese momento, sólo Villerías logró escapar y junto con 50 hombres salió en busca de Allende para ponerlo sobre aviso de la manera en que Iriarte estaba procediendo. Mientras tanto, Iriarte seguía en posesión de Herrera y Sevilla y en un momento ordenó que los llevaran a una reunión que había organizado con su gente. Ya ahí, les dijo que quedaban libres y que si había procedido de esa manera, había sido para evitar que la gente actuara en contra de ellos, lo cual había logrado con el saqueo de la ciudad. Pasado este incidente, Iriarte arregló las cosas para salir de nuevo rumbo a Guanajuato.<sup>545</sup>

Allende también pidió ayuda a Hidalgo, pero nunca recibió respuesta. En dos cartas que le envió al cura, le cuestionaba la decisión que sabía había tomado de abandonar Valladolid y marchar a Guadalajara, sin importarle el peligro en el que se hallaba Guanajuato. Le argumentaba que perder esa ciudad, después del trabajo y las vidas que había costado ganarla, sería una pérdida de fatales consecuencias para el movimiento. La molestia de Allende hacia el cura llegó a tanto que le advirtió que de no recibir respuesta o ayuda entendería que debía marchar por su lado y actuar según sus convicciones hasta las últimas consecuencias, entendiendo que no estaban luchando por lo mismo. La primera es del 19 de noviembre de 1810 y a continuación se reproduce un fragmento:

Sr. Generalísimo D. Miguel Hidalgo y Costilla.- Cuartel general de Guanajuato. Noviembre 19 de 1810. Queridísimo amigo y compañero mío. Recibí la apreciable de V. de 15 del corriente y en su vista digo, que nada sería mas perjudicial á la nación y al logro de nuestras empresas, que el que V. se retirase con sus tropas á Guadalajara, porque eso sería tratar de la seguridad propia y no de la común felicidad, a sí lo había de creer y censurar todo el mundo. El ejército de operaciones al mando de Calleja y Flon, entra por nuestros pueblos conquistados como por su casa, y lo peor es que los seduce con promesas lisonjeras, de suerte que hasta con repique lo recibieron en Celaya, y tienen razón porque se les ha dejado

<sup>545</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 22 y 23.

indefensos. Todo esto va induciendo en los pueblos un desaliento universal, que dentro de breve puede convertirse en odio de nosotros y de nuestro gobierno, y tal vez estimularlos á una vileza, de maquinar por conseguir su seguridad propia. No debemos pues desentendernos de la defensa de estas plazas tan importantes, ni de la destrucción de dicho ejército, que por todas partes esparce, con harto dolor mio, la idea de que somos cobardes, y hasta los mismos indios lo han censurado. De otro modo, abandonada esta preciosa ciudad la mas interesante del reino, ó si somos derrotados en ella por el enemigo, ¿qué será de Valladolid, de Zacatecas, Potosí y de los pueblos cortos? ¿y qué será de la misma Guadalupe, para donde se dirigirá el enemigo cada vez mas triunfante y glorioso con sus reconquistas? Me parece infalible la total pérdida de lo conquistado y la de toda la empresa, con el agregado de la de nuestras propias vidas y seguridad, pues ni en la más infeliz rancharía la hallaríamos, viéndonos cobarde y fugitivos, sino que ellos mismos serian nuestros verdugos.<sup>546</sup>

En esta carta, además de hacerle ver la gran derrota que implicaba perder Guanajuato, Allende da luz sobre otro problema. Los insurgentes habían logrado apoderarse de buen número de territorios con relativa facilidad, pero cuando salían de ellos los dejaban prácticamente indefensos y de esa forma provocaban que los realistas tampoco tuvieran mucho problema para recuperarlos. Juan Ortiz Escamilla comenta este problema, basándose justamente en esta carta. Él comenta que cuando los insurgentes tomaban alguna población, aprehendían a los europeos y nombraban autoridades, pero nunca armaban tropas para defender la población tomada.<sup>547</sup>

<sup>546</sup>*Ibidem.*, p. 29 y 30.

<sup>547</sup>“En cada población ocupada, los insurgentes aprehendían a los peninsulares (sobre todo a los odiados por la población), a veces se saqueaban sus propiedades y se establecían nuevas autoridades compuestas por criollos, pero en ningún momento se planteó la idea de organizar fuerzas locales que las defendiesen. Esta fue otra de las fallas graves de la insurrección. El 19 de noviembre, después de la derrota de Aculco, Allende hacía ver esta falta a Hidalgo, y le decía que las tropas de Calleja y del conde de la Cadena se estaban apoderando de los pueblos liberados, y todo por haberlos dejado indefensos; que este hecho los desalentaba y podría con-

Los miedos y reclamos de Allende eran muy claros y por el tono del posdata se esperaba que Hidalgo hubiera respondido pronto, pero no lo hizo, hecho que llevó a Allende a escribirle otra carta al día siguiente en un tono aun más radical. Después de reclamarle a Hidalgo su silencio y proceder, Allende le advierte lo siguiente:

Espero que V. á la mayor brevedad me ponga en marcha las tropas y cañones, ó la declaración verdadera de su corazón, en inteligencia que si es como sospecho, el que V. trata de solo su seguridad y burlarse hasta de mí, juro á V. por quien soy, que me separaré de todo, mas no de la justa venganza personal.

Por el contrario, vuelvo á jurar, que si V. procede conforme á nuestros deberes, seré inseparable y siempre consecuente amigo de V. Ignacio de Allende.<sup>548</sup>

En aquel momento Allende tenía más que claro que no contaba con Hidalgo, que obviamente no buscaban lo mismo y pensó incluso que el plan del cura era huir. A pesar de los argumentos Hidalgo decidió marchar a Guadalajara de todas formas. Salió de Valladolid el 17 de noviembre y, según Alamán, mandó degollar a los españoles que tenía ahí presos. Su entrada a Guadalajara fue el 29 de noviembre de 1810.<sup>549</sup>

El apoyo que Allende necesitaba para defender exitosamente Guanajuato nunca llegó. De hecho, al no recibir respuesta de los demás jefes, comisionó a José María Liceaga para que fuera a urgir a Iriarte,

---

vertirse en odio hacia ellos y su gobierno. Los insurgentes consideraban que, por el simple hecho de cambiar autoridades y expulsar a los europeos, los problemas se resolverían." Ortiz Escamilla, *op. cit.*, p. 46. Brian Hamnett también menciona este gran defecto en la organización de la insurrección, "El no poder establecer un control duradero sobre una amplia región o sobre una ciudad importante frustró los empeños de los insurgentes por edificar una jerarquía paralela a la del gobierno central." Hamnett, *op. cit.*, p. 76. Archer también habla de este problema y dice que de Querétaro a San Miguel los realistas reocupaban las ciudades que habían sido abandonadas incluso por sus habitantes. En San Miguel, un grupo de curas y frailes pedían compasión y amnistía para la gente. Archer, "Bite of the Hydra...", p. 87.

<sup>548</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 31 y 32.

<sup>549</sup> *Ibidem*, p. 32-34.

pero éste no tuvo el arbitrio para obligarlo a apresurarse.<sup>550</sup> Iriarte que retomó su camino desde San Luis después del episodio con Herrera y Villerías, no llegó a tiempo y en esas condiciones era poco lo que Allende y compañía podían hacer. Mientras tanto, Calleja entraba sin ningún problema a la provincia y en su camino hacia la capital recuperó Celaya, Salamanca e Irapuato, organizando el gobierno de cada sitio.

Para entrar en Guanajuato Calleja dividió a su ejército en dos partes. La primera la comandaba él mismo y se componía de granaderos y algunos cuerpos de caballería. La segunda estaba a cargo del conde de la Cadena y la formaba el Regimiento de Infantería de Línea de la Corona, el Regimiento de Dragones de San Luis, comandados por el conde de San Mateo Valparaíso, y algunos cuerpos de caballería. Se contaba además con un cuerpo de reserva manejado por el coronel Espinosa. Cuando estas fuerzas entraron en la ciudad, Calleja tomó el camino de Real de Minas de Santa Ana que llevaba a la Valenciana y Flon tomó el camino de la Yerbabuena. De esta manera, los jefes realistas evitaron el paso por la cañada de Marfil y los barrenos puestos por la defensa insurgente quedaron sin efecto.<sup>551</sup>

Dentro de la ciudad se dio la alarma tan pronto se supo que Calleja se acercaba para que los habitantes salieran a defenderla. Relata Alamán que por toda la ciudad se esparcieron hombres armados que debían sacar de sus casas a quienes se negaran a colaborar en la defensa, aunque aun así mucha gente se escondió y también había quienes subían a los cerros para ser simplemente espectadores de la batalla. Al tiempo que esto sucedía, los realistas se posesionaban de cada uno de los puntos de defensa preparados por los insurgentes.<sup>552</sup> El 24 de noviembre de 1810 Félix María Calleja dormía en Valenciana y Flon ocupaba el cerro de San Miguel. Al siguiente día, los insurgentes atacaron a Flon, pero recibieron pronta respuesta, ya que Calleja situó dos cañones para contrarrestar el de los rebeldes y logró desmontarlo, provocando que los insurgentes lo abandonaran.<sup>553</sup>

<sup>550</sup>Liceaga, *op. cit.*, p. 150.

<sup>551</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 100; Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 36.

<sup>552</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 37.

<sup>553</sup>*Ibidem*, p. 40. Bustamante dice que Allende estuvo en el Cuartito; entonces se supone que Allende combatió con Flon, pero Alamán no lo menciona.

Según Alamán, tanto Allende como sus generales permanecieron durante la batalla en las casas reales de la ciudad y el único que sí estuvo presente fue Mariano Jiménez. Dice, además, que al saber perdidas las baterías y ver avanzar las tropas de Calleja Allende huyó con sus generales y algunos hombres de a caballo escoltando unas mulas que llevaban el dinero que le quedaba. Tomaron el camino de la sierra de Santa Rosa por la mina de Mellado para evitar encontrarse con Calleja que iba a la mina de Valenciana.<sup>554</sup> Arteaga, por su parte, dice que Allende “encomendó la acción” a Aldama y Jiménez por sus conocimientos en artillería y que al ver que los realistas ocupaban todas sus posiciones, salieron de Guanajuato por el camino de Mellado.<sup>555</sup> Se cuenta entonces la historia de un hombre llamado o apodado “Lino” que, al saber la derrota de los insurgentes, alentó a los indios para que marcharan a la alhóndiga de Granaditas a matar a los europeos que ahí se encontraban presos.<sup>556</sup> Los indios entraron en la alhóndiga degollando a la mayor parte de los presos, pero algunos europeos pudieron salvarse ya que aprovecharon el estado de confusión al saberse la noticia de que Calleja llegaba para huir y guarnecerse en casas particulares o en conventos.<sup>557</sup>

Después de perder Guanajuato, Allende evaluó sus opciones. Según Arteaga, dadas las graves diferencias que había tenido con Hidalgo y su franco rompimiento debido a que éste nunca respondió las llamadas de auxilio que Allende le hizo, dudó si ir a encontrarse con él a Guadalajara. Tampoco sabía si podría confiar realmente en las tropas de Iriarte por el comportamiento que éste había tenido en San Luis y porque su tardanza en llegar a Guanajuato no estaba realmente justi-

<sup>554</sup> Alamán, *op. cit.*, v. ii, p. 38.

<sup>555</sup> Arteaga, *op. cit.*, p. 219.

<sup>556</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 38 y 39.

<sup>557</sup> Calleja continuó sin problema su avance y antes de abandonar la Valenciana recibió la noticia de la matanza de los europeos presos en la alhóndiga. Acto seguido mandó tocar a degüello y llevar a fuego y sangre la ciudad, pero pronto suspendió esa orden. El jefe realista ocupó la plaza de Guanajuato y dejó guarneciendo la ciudad al Regimiento de Infantería de la Corona y el de Dragones de Puebla. Después, habiendo arreglado el gobierno de la ciudad, Calleja decidió marchar a Guadalajara y se detuvo algunos días en Silao. *Ibidem*, p. 41 y 49.

ficada.<sup>558</sup> En este sentido, Bustamante dice que Allende pensaba que Iriarte no lo veía bien como superior, además de que “[...] se murmuraba en la tropa sobre su conducta, en términos de casi palpar una desobediencia ó motin: había dos motivos principales para ello, el primero haberse presentado allí con el carácter de derrotado y disperso, y el segundo no recibir de su mano los soldados el prest, sino de la de Iriarte; [...]”.<sup>559</sup> Por otra parte, si intentaba formar otro ejército por su cuenta, se haría completamente evidente ante el enemigo su rompimiento con Hidalgo. De hecho, ya era bastante obvio, aun para los jefes realistas, que los dos principales caudillos insurgentes estaban enemistados. El 19 de noviembre, justo el día en que Allende enviaba aquella primera carta de auxilio a Hidalgo, Calleja escribía al virrey Venegas que estaba enterado de que el cura Hidalgo estaba en Valladolid “separado de la amistad de Allende, [...]” y reuniendo indios que eran los que más se adherían a él, mientras que Allende se encontraba en Valladolid reuniendo gente “de las otras castas”.<sup>560</sup>

Al final, Allende decidió tomar camino a Zacatecas para reunirse con Iriarte. Ya con las tropas de aquél, y consciente de que no podría realmente confiar en ellas y de que no contaba con los recursos que necesitaba, decidió encontrarse con Hidalgo en Guadalajara, a donde llegó el 12 de diciembre de 1810.<sup>561</sup> El recibimiento por parte del cura fue muy ceremonioso ocultando las desavenencias que existían entre ellos.<sup>562</sup>

En Guadalajara se hicieron algunos nombramientos. José María Chico recibió el título de ministro de Gracia y Justicia y también de presidente de la Audiencia de Guadalajara; Ignacio Rayón fue nombrado ministro de Estado y del Despacho, y Pascasio Ortiz de Letona fue comisionado para dirigirse a Estados Unidos “á ajustar y arreglar una alianza

<sup>558</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 225.

<sup>559</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 172.

<sup>560</sup>“Calleja desde Celaya avisa al virrey de enterado de las noticias que dio el justicia de Tasco sobre que el cura Hidalgo se dirigía a Zitácuaro”, en AGN, *Operaciones de Guerra*, tomo 119, f. 281 f.

<sup>561</sup>Arteaga, *op. cit.*, p. 225.

<sup>562</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 59. Arteaga, *op. cit.*, p. 232, dice que fuera de Aldama, Malo, Jiménez y unos pocos más, nadie sabía sobre las graves diferencias que existían entre ellos.

ofensiva y defensiva, tratados de comercio útil y lucroso para ambas naciones, y cuanto mas conviniese á la felicidad de ambas.” Se le dio el título de “plenipotenciario y embajador”, pero nunca llegó a su destino ya que lo detuvieron en el pueblo de Molango, en la Huasteca, y él mismo se envenenó después, pensando en la suerte que le tocaría vivir.<sup>563</sup>

Además, se enfocaban los esfuerzos defensivos en organizar fuerzas suficientes como para poder enfrentar a las del gobierno. Se contaba con la gente que había reunido José Antonio Torres en Jalisco, aunque no con la que tenía Iriarte en Zacatecas, porque siempre se dudaba de sus intenciones. Se construyeron fusiles, lanzas y granadas de mano y Allende se encargó de dividir al ejército en brigadas y regimientos y de las labores de instrucción. Contaban además con 7 000 indios que habían llegado desde Colotlán, armados con flechas, que eran conducidos por José María Calvillo.<sup>564</sup>

La revolución progresó de San Luis Potosí hacia las poblaciones situadas al norte de ella y se comunicó a la provincia de Nuevo Santander. Precisamente hacia San Luis mandó Hidalgo a Jiménez, quien de ahí se dirigió a Saltillo con una fuerza de 10 u 11 000 hombres. El gobernador del Nuevo Reino de León, Manuel Santa María, se declaró en favor de los insurgentes en Monterrey, que era capital de la provincia, la cual siguió entera su ejemplo. En San Antonio Béjar, Juan Bautista Casas, capitán de milicias insurgente, se adueñó de toda la provincia de Texas.<sup>565</sup>

Pero las cosas en Guadalajara no estaban nada bien. Además de que Hidalgo dejó de mencionar como parte de su causa al rey, quitando incluso su retrato del lugar donde recibía a la gente y también las cifras [*sic*, ¿insignias, iniciales?], de los sombreros y desapareciendo su nombre de los discursos, cosa que molestaba sobre manera a Allende, la situación de la matanza de españoles era un grave problema. Alamán asegura que la persecución a los españoles por parte de los insurgentes era general en todos los lugares por donde pasaban. Los aprehendían y

<sup>563</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 59 y 60.

<sup>564</sup> *Ibidem*, p. 61-63. Hamill, *op. cit.*, p. 198, dice que cuando Hidalgo salió con sus fuerzas de Guadalajara para dar la última batalla, los insurgentes sumaban aproximadamente 80 000 aunque de esos, 7 000 u 8 000 no estaban listos para pelear.

<sup>565</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 68.

despojaban de bienes y pertenencias y aunque algunos de momento lograban esconderse en los montes con indultos que sus familias habían logrado obtener para ellos, todos eran atrapados y llevados a las prisiones de San Luis y Guadalajara. Al parecer, el mismo Hidalgo mandaba no hacer caso de los indultos y darles muerte sin mayor trámite.<sup>566</sup>

Alamán dice que las ejecuciones que mandaba hacer Hidalgo se hacían en la noche y se decía que se sacaba a los españoles de las cárceles para repartirlos a sus pueblos, pero que en realidad sí sabía lo que hacía, lo cual generó un estado de miedo que provocó incluso que el gobernador de la mitra le pidiera a Allende que solucionara la situación. Allende planteó al doctor Francisco Maldonado y al gobernador de la mitra, Gómez Villaseñor, la posibilidad de envenenar a Hidalgo para terminar de una vez con los errores y asesinatos que estaba cometiendo y que Allende no había podido evitar porque desde el principio Hidalgo había tomado el mando tanto político como militar.<sup>567</sup> Villaseñor aprobó la idea. Fue Arias quien compró el veneno, y ya que lo tenían en sus manos lo dividieron entre el mismo Allende, Arias e Indalecio Allende y acordaron que cualquiera se lo daría al cura en la primera oportunidad. Sin embargo, Hidalgo sospechaba y, aparentemente, hacía que alguien más probara su comida antes que él lo hiciera.<sup>568</sup>

Mientras los insurgentes se encontraban en Guadalajara, el ejército realista planeaba iniciar una nueva campaña a principios de 1811. Las fuerzas realistas debían concentrarse en apoyar a las dos principales formadas por los ejércitos de Calleja y Cruz. Calleja saldría de Guanajuato y Cruz de Valladolid y su punto de unión estaba fijado en el puente de Guadalajara el 15 de enero. El principal objetivo era obligar al ejército de Hidalgo a marcharse a San Blas, que era el único camino que le quedaba libre, para cerrárselo también.<sup>569</sup>

En vista de los movimientos emprendidos por Calleja y Cruz, los insurgentes celebraron una junta de guerra en Guadalajara para valorar las opciones de acción. La propuesta de Hidalgo consistía en ir con

<sup>566</sup>*Ibidem*, p. 64 y 71.

<sup>567</sup>*Ibidem*, p. 75.

<sup>568</sup>Hamill, *op. cit.*, p. 200.

<sup>569</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 76 y 77.

todas sus fuerzas en busca de Calleja y tomarlo por la retaguardia al tiempo que Iriarte iba por la gente de Zacatecas. La idea era poner tropas en el camino de Cruz, de manera que no lograra llegar para apoyar a Calleja. En contraste, lo que Allende proponía era dejar entrar a Calleja en Guadalajara, dividir en varias partes el ejército insurgente para hostilizar al realista en varios puntos y marchar a ocupar Querétaro o ir hacia Zacatecas.<sup>570</sup>

A pesar de los argumentos de Allende la junta se decidió en favor de Hidalgo, de tal manera que se situó un cuerpo de 10 a 12 000 hombres con 27 cañones que tenían al frente Macías, cura de la Piedad, y el doctor Ruperto Mier, capitán del regimiento de infantería de Valladolid, en el puerto de Urepetiro, cuatro leguas antes de Zamora para que Cruz no pudiera pasar por ahí.<sup>571</sup> El 14 de enero de 1811 se produjo la batalla entre las fuerzas de Cruz, que provenían de Tlasascalca con dirección a Zamora, y las de Mier, que ocupó las alturas del pueblo de Urepetiro. El resultado favoreció a los realistas. Sin embargo, el cometido se cumplió, ya que Cruz no pudo llegar a tiempo a encontrarse con Calleja en el puente de Guadalajara.<sup>572</sup>

El 14 de enero se recibieron avisos certeros de la cercanía de Calleja. Salió el ejército insurgente con Hidalgo y Allende a la cabeza y con Torres a la retaguardia y acamparon en las llanuras que estaban junto al puente de Guadalajara. El 15 de enero se enteraron de que Mier había perdido frente a Cruz y de que por tanto, aunque tarde, se efectuaría la reunión entre éste y Calleja. Hidalgo decidió entonces ocupar el puente de Calderón, que era un paso obligado de Calleja en su camino hacia Guadalajara. El ejército con el que los insurgentes contaban en ese momento se componía de 100 000 hombres. De éstos, 20 000 eran de caballería, divididos en siete regimientos uniformados pero sin mucho armamento, además de cinco cañones. “[...], granadas de mano, cohetes con puntas de hierro, y otros proyectiles con que se había tratado de suplir la falta de fusiles.”<sup>573</sup>

<sup>570</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>571</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>572</sup> *Ibidem*, p. 79 y 80.

<sup>573</sup> *Ibidem*, p. 80 y 81.

Cuando las tropas realistas llegaron al puente, el 16 de enero, se dieron cuenta de que las insurgentes ya estaban en posición, por lo tanto se mandó hacer un reconocimiento y se adueñaron del puente. Se posicionaron al pie de una colina y a la vista de los insurgentes. El 17 de enero Hidalgo ocupó una loma muy escarpada que se encontraba a la izquierda del arroyo que separaba al ejército insurgente del realista. Al descender de la loma se encontraba su fuerza principal y en lo alto de la loma había una batería de 67 cañones flanqueados por baterías menores. Se abrazaba todo el terreno por donde habían de pasar los realistas, así como el arroyo “[...] que corría en la dirección de Este á Sudoeste sin otro paso que el puente, descubierto á todos los fuegos de las baterías de los insurgentes.”<sup>574</sup>

Ante esta situación, Calleja decidió atacar sin esperar a Cruz. El plan del jefe realista se reducía a que Flon atacara por la izquierda, esperando que Calleja hiciera el mismo movimiento por la derecha, para que después los dos cayeran al mismo tiempo sobre la batería insurgente. Mientras Flon hacía lo propio, Calleja se fue sobre el puente con las fuerzas a su mando. Al poco rato, observó que el ala izquierda realista tenía problemas para sostenerse, por lo que se dirigió en su ayuda con parte de las tropas que él tenía en el ala derecha. Los insurgentes tenían toda su fuerza centrada en la batería que dio problemas al regimiento realista. Calleja aprovechó el entusiasmo que causó su llegada y se propuso desalojar a los insurgentes de aquella batería. Aquel movimiento fue decisivo y provocó que los insurgentes se pusieran en fuga dejando cargados sus cañones y sin poder siquiera detenerse a dispararlos.<sup>575</sup> Los realistas lanzaron una granada que pegó en uno de los carros de municiones insurgentes, quienes recibieron de frente el humo, ya que se incendió buena parte del terreno.<sup>576</sup>

Los insurgentes aun tenían una batería compuesta por seis cañones sobre el costado izquierdo y fue ahí donde se refugiaron los que acababan de ser desalojados. Sin embargo, Calleja atacó también esta última batería. Después de esto, los realistas se hicieron dueños de

<sup>574</sup>*Ibidem*, p. 82 y 83.

<sup>575</sup>*Ibidem*, p. 84-86.

<sup>576</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 187 y 188.

toda la artillería y municiones insurgentes y provocaron que huyeran sin dirección fija. Había pasado por completo la sorpresa de los primeros movimientos insurgentes y al darse cuenta Calleja de que las fuerzas insurrectas tenían mucho más de apariencia que de realidad los venció sin problemas con tropas mucho más disciplinadas. El Ejército Central venció en Aculco, en Guanajuato y en Calderón y ni siquiera tuvo que presentar batallas formales. Los jefes insurgentes cometieron el error de pensar que podrían entrar en batalla regular con las fuerzas realistas.<sup>577</sup>

Como lo comenta Christon Archer, el ejército de Calleja, compuesto por anteriores unidades regulares y milicias provinciales, más el refuerzo de campesinos que fueron reclutados de manera apresurada, no sólo vencieron a los insurgentes, sino que los obligaron a una rendición completa. Según el mismo Archer, aquellos milicianos que pertenecieron a los regimientos del Bajío no fueron suficientes para controlar a un ejército con las características del de Hidalgo que no estaba ni bien equipado, ni bien armado. Eso sin contar que existía una falta de planeación logística por parte de sus jefes.<sup>578</sup>

Después de la derrota los dirigentes se fueron, cada quien por su parte, hacia Zacatecas. Rayón pudo recuperar el dinero que les quedaba y que ascendía aproximadamente a 300 000 pesos, y luego se dirigió hacia Aguascalientes, sitio a donde llegaron también muchos de los insurgentes.<sup>579</sup>

Opciones de Allende después de Calderón

Mientras Calleja disponía todo para marchar a Zacatecas en persecución de los caudillos insurgentes, Hidalgo se unió en Aguascalientes

<sup>577</sup>“The insurgent commanders committed the tragic error of believing that they could engage in conventional battle with the royalist army. They lacked the arms, leaders and discipline”. Archer, “La Causa Buena...”, p. 90.

<sup>578</sup>Archer, “Bite of the Hydra...”, p. 90 y 91; “La revolución militar de México, estrategia, tácticas y logísticas durante la guerra de Independencia, 1810-1821”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Interpretaciones de la Independencia de México*, México, Patria, 1997, 227 p., p. 123-176, p. 135.

<sup>579</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 198; Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 87, 88 y 96.

con Iriarte, luego de su fuga del puente de Calderón. Iriarte tenía 1 500 hombres y los caudales tomados en San Luis, aproximadamente medio millón de pesos.

Allende, junto con Arias y otros amenazó a Hidalgo de que:

[...] le quitaría la vida, si no renunciaba el mando en el mismo Allende, lo que hubo de hacer verbalmente y sin ninguna otra formalidad, y desde entonces siguió incorporado al ejército, sin ningún carácter, intervención ni manejo, observado siempre por la facción contraria, y aun llegó á entender que se tenia dada la orden de que se le matase, si se separaba del ejército, y lo mismo á Abasolo é Iriarte, pero este despojo no se hizo público y andaba solo en el susurro entre la gente, porque la facción contraria á Hidalgo lo hacia parecer siempre como principal cabeza y lo tenia por parapeto hasta la ocasión.<sup>580</sup>

Allende tenía la esperanza de poder reorganizarse en Zacatecas. Con él venían 2 000 hombres, tenían los 300 000 pesos que Rayón había salvado y Rafael Iriarte se encontraba ahí junto con 32 cañones y medio millón de pesos. Sin embargo, al saberse la derrota de Calderón se apagó cualquier apoyo.<sup>581</sup> Allende decidió que no era seguro permanecer en Zacatecas por más tiempo, así que tomó la decisión de marchar a Saltillo con sus tropas.<sup>582</sup> En la declaración de Mariano Hidalgo, hermano del cura, asegura que cuando Miguel Hidalgo iba de Matehuala hacia Saltillo se detuvo en el rancho “El Prado”. Sabiendo que dos europeos habían parado cerca de ahí con sus familias mandó a Agustín Marroquín a reconocerlos. Sin embargo, al día siguiente, el hermano de Miguel Hidalgo supo que los habían degollado. Mariano Hidalgo dice no saber si los asesinatos los mandó hacer su hermano, pero Marroquín lo confirma.

Sin embargo, –según dice Alamán– Hidalgo, al no poder negar lo sucedido, trató de que toda la responsabilidad recayera sobre Allende

<sup>580</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 101.

<sup>581</sup> Hamill, *op. cit.*, p. 205.

<sup>582</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 101.

argumentando que desde que éste le había quitado el mando, todo se hacía por sus mandatos y que quien los había ejecutado era un criado de Allende apellidado Loya. A este respecto dice Alamán que las declaraciones de Mariano Hidalgo y de Marroquín no dejan lugar a dudas sobre la responsabilidad de Hidalgo, aunque Allende tampoco tiene disculpa porque si entonces tenía el mando contaba con la facultad de impedir esos asesinatos.<sup>583</sup> Allende y otros jefes principales se alejaron de Zacatecas y la ciudad fue atacada por el realista Ochoa el 17 de febrero de 1811.

Con el fin de vigilar a los jefes insurgentes en su entrada a Saltillo, Calleja decidió no esperar a Cruz sino marchar hacia San Luis el 15 de marzo de 1811.<sup>584</sup> Después de la victoria en la batalla del puente de Calderón los realistas habían recuperado Tepic, San Blas, Zacatecas y San Luis. Ante esta situación Cruz decidió que era el momento para poner en práctica una orden del virrey para “comunicar a Hidalgo la amnistía ú olvido general que las cortes de España habían decretado en 15 de octubre del año precedente de 1810, [...]” Sin embargo, la respuesta tanto de Hidalgo como de Allende fue negativa y según Alamán “[...], expresaron ambos su determinación de no entrar en trato alguno, que no tuviese por base la libertad de la nación.”<sup>585</sup>

A pesar de aquella contestación, el plan de Allende en ese momento era marchar a Estados Unidos, como había querido hacerlo desde hacía tiempo.<sup>586</sup> Allende, según Alamán, sabía que si tenía un encuentro con las tropas realistas, no podía esperarse un triunfo y por lo tanto tenía que salir lo más pronto posible de Zacatecas mientras tuviera libre la salida por el norte.<sup>587</sup> Además, los insurgentes confiaban en que

<sup>583</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>584</sup> *Ibidem*, p. 103-106.

<sup>585</sup> *Ibidem*, p. 110.

<sup>586</sup> Dentro del plan de la conspiración de Querétaro se manejaba que en el caso de que al iniciar el movimiento las fuerzas insurgentes sufrieran una derrota grave deberían marchar hacia Estados Unidos para pedir ayuda a su gobierno. Artega, *op. cit.*, p. 50 y 51.

<sup>587</sup> *Ibidem*. En su causa, Hidalgo manifiesta que, como iba en calidad de prisionero, no sabía exactamente cuál era el propósito de marchar a E. U., aunque supone que el de Allende y Jiménez, en particular, era el de quedarse con el dinero que llevaban y dejar a sus seguidores. Hidalgo afirma que desde Zacatecas, Allende,

recibirían pronto apoyo, ya que Jiménez, como comandante general de las provincias del norte, había estado en contacto con algunos agentes que parecían estar listos para obrar.<sup>588</sup>

Por lo tanto, Allende dispuso que antes de marchar él a Estados Unidos, lo precediera el licenciado Ignacio de Aldama, que era mariscal de campo, como embajador ante aquel gobierno y fray Juan de Salazar como su acompañante. Estos enviados debían obtener ayuda de cualquier índole o, si era posible, algún reconocimiento, conseguir armas y mercenarios para hacer frente a los realistas. Aldama y Salazar llevaban cien barras de plata y algunos fondos más.<sup>589</sup> El 16 de marzo de 1811, se celebró una junta para nombrar a los jefes de las tropas que se quedarían en Saltillo. Abasolo y Arias no quisieron admitir el encargo y por tanto se eligió al licenciado Ignacio Rayón, al licenciado Arrieta y a José María Liceaga.<sup>590</sup>

El problema de marchar por tierra a Estados Unidos consistía en que debía cruzarse una gran extensión de tierras desiertas en las cuales no había recursos. Para lograr obtener víveres, forrajes y bestias de carga, Jiménez, que era el comandante general de esas provincias, dio órdenes decretando graves penas contra quien se negara a aportar dichos recursos. Aun así, la disposición de los vecinos de aquellas provincias no fue muy buena.<sup>591</sup>

En San Antonio Béjar los vecinos estaban muy molestos con el capitán Juan Bautista Casas, oficial retirado de la milicia de Santander,

---

en lugar de intentar reclutar más gente, se deshacía de la que llevaban. “Declaración del cura Hidalgo en ochenta y nueve fojas”, en Hernández y Dávalos, *Documentos para la Historia...*, p. 8.

<sup>588</sup>Virginia Guedea, “Autonomía e independencia en la provincia de Texas” en Virginia Guedea (coord.), *La independencia de México y el proceso autonomista novohispano. 1808-1824*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto Dr. José María Luis Mora, 2001, 456 p., p. 143.

<sup>589</sup>Hamill, *op. cit.*, p. 205 y 206.

<sup>590</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 111 y 112. Bustamante, *op. cit.*, p. 199, dice que antes de partir hacia Estados Unidos, Allende dejó dicho a Rayón que si Iriarte volvía lo decapitara, porque querría decir que nuevamente les había hecho una mala jugada. Iriarte, efectivamente, anunció su llegada y Rayón celebró una junta de guerra en la cual se le sentenció a muerte y así se le ejecutó. Iriarte fue el único que escapó de las Norias de Baján.

<sup>591</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 113 y 114.

que había encendido ahí la insurrección y había sido electo gobernador interino de la provincia, primero por parte de los vecinos y de las tropas del lugar, y luego por confirmación de Mariano Jiménez.<sup>592</sup> Por lo tanto, marcharon a buscar al subdiácono Juan Manuel Zambrano para idear algún plan en contra de la insurgencia. Zambrano les hizo ver que lo mejor sería aparentar que no era contra los insurgentes contra quienes estaban sino contra el mal gobierno de Casas y así lograron atraer a muchas personas. Además, por esos días llegó Ignacio Aldama a Béjar y Zambrano hizo creer que estaba de acuerdo con los franceses y que en realidad era un emisario de Napoleón. Además de este rumor, se corrió otro en el sentido de que la ayuda que los insurgentes recibirían de Estados Unidos, costaría Texas.<sup>593</sup> La noche del 1° de marzo de 1811 Zambrano y sus conjurados aprehendieron al gobernador Casas y detuvieron en el lugar donde se alojaba a Aldama con el pretexto de que su pasaporte no “parecía bastante para un embajador”. Los mismos conjurados llamaron a los principales vecinos del lugar e instalaron una junta de gobierno compuesta por doce vocales con Zambrano como presidente. Se juró defender la religión, los derechos de Fernando VII y los de la dinastía de Borbón.<sup>594</sup>

Se hizo la contrarrevolución; se organizaron tropas, se aseguró a la comitiva de Aldama, se despojó de sus grados a quienes habían sido nombrados por Casas y se restituyeron sus bienes a los peninsulares y americanos presos.<sup>595</sup>

Los comisionados de la junta contraria formada en Béjar marcharon a Monclova y comentaron ahí sus ideas al teniente coronel Ignacio Elizondo. Sin embargo se encontraron con que éste, junto con el administrador de rentas Tomás de Flores y el capitán José Rábago, ya tenía armado también un plan contrarrevolucionario. Elizondo era capitán de una compañía presidial y en principio formó parte de la insurrección pero luego se molestó por no ser remunerado como esperaba.<sup>596</sup>

<sup>592</sup>Guedea, “Autonomía e independencia...”, p. 141 y 142.

<sup>593</sup>*Ibidem*, p. 144.

<sup>594</sup>Alamán, *op. cit.*; Guedea, *op.cit.*

<sup>595</sup>Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 115.

<sup>596</sup>Bustamante, *op. cit.*, p. 198.

Los gobernadores realistas Simón Herrera y Manuel Salcedo fueron llevados como presos desde Béjar y al llegar Elizondo a Monclova empezó a moverse para juntar tropa y amigos. Dice Alamán que se apalabraba con los soldados de los presidios de la villa y con los vecinos. También estaba de acuerdo con el capitán Menchaca, junto con 300 indios lipanes a su mando, y también con el capitán Ramón Díaz. En Monclova el gobernador insurgente Aranda dejó a Salcedo y a Herrera libres, sin embargo, en la noche del 17 de marzo, en un baile, Elizondo sorprendió a Aranda y se hizo dueño de la artillería. La acción duró tres horas sin que hubiera un solo disparo. Terminado esto, Elizondo hizo una junta de gobierno y se decidió en ella que se le diera el mando como interino a Herrera.<sup>597</sup>

Después de dar el golpe de gobierno y dejar a Herrera en el mando, Elizondo se ocupó de preparar todo para atrapar a Allende y compañía. Según el itinerario de los insurgentes debían llegar a las Norias, o Acatita de Baján, el 21 de marzo. Tenían que pasar por ahí porque era el único aguaje que había en la región. Lo que se planeó fue que Elizondo fuera a esperarlos fingiendo un recibimiento amistoso. Para tal efecto, se avisó a Jiménez que este “recibimiento” tendría lugar y se cuidó de que no se enterara del cambio de autoridades en Monclova.

Elizondo salió de Monclova el 19 de marzo de 1811, llevando consigo 342 soldados entre veteranos, milicianos y vecinos, los cuales eran capitaneados por el administrador de rentas Tomás Flores y por el alcalde de San Buenaventura, Antonio Rivas. Al llegar al punto destinado, Elizondo formó en batalla a la mayoría de hombres que llevaba, aparentando que se acomodaban de esa forma para el recibimiento de los jefes insurgentes, como para hacerles honores militares. En la retaguardia dejó a 150 hombres y puso otros a la vanguardia. Situado de esa manera, se dedicó a esperar a los insurgentes que llegarían el 21 de marzo, como estaba planeado.

El contingente insurgente llegó a las Norias de Baján el día señalado, a las nueve de la mañana. Se presentó el padre fray Pedro Bustamante, que era mercedario, con un teniente y 4 soldados de esa provincia que se habían pasado con Jiménez en Aguanueva. Se saluda-

<sup>597</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 116.

ron entre los dos sin sospechar nada y caminaron hacia el destacamento que estaba a la retaguardia. Al llegar ahí, se les intimó a rendirse y así lo efectuaron, sin resistirse. Tras ellos venían 60 hombres que igualmente se rindieron y fueron desarmados y atados. También venía un coche que llevaba mujeres, escoltado por 12 o 14 personas que al intentar defenderse fueron atacadas, falleciendo tres escoltas.

Así fueron llegando los demás coches y se rendían sin resistencia, pero Allende no lo hizo así sino que tiró un balazo a Elizondo, diciéndole que era un traidor, y éste a su vez ordenó a sus hombres que dispararan sobre el coche.<sup>598</sup> Indalecio Allende, esperando apoyar a su padre en la resistencia, se disponía a salir del coche, pero en el acto recibió un balazo en el corazón y cayó muerto.<sup>599</sup> Jiménez acompañaba a Allende y suplicó que se diera alto al fuego. Se les ató a ambos y se los remitió a la retaguardia. En el último coche venía Hidalgo, escoltado por Marroquín y 20 hombres más, quienes igualmente fueron intimados a rendirse.<sup>600</sup>

Los jefes insurgentes presos en Baján, fueron llevados a Monclova, de donde salieron el 26 de marzo para ser conducidos a Chihuahua, adonde arribaron el 23 de abril de 1811. Ahí, el comandante general de las Provincias Internas, brigadier Nemesio Salcedo, comisionó al español Juan José Ruiz de Bustamante para la instrucción de las causas sumarias. El 6 de mayo se nombró una comisión integrada por un presidente, un auditor, un secretario y cuatro vocales que debería encargarse de recibir las causas. También se formó una comisión para que se formaran las causas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez. El comisionado para éstas últimas fue Ángel Abella, administrador de correos de Zacatecas.<sup>601</sup> Sin más que las declaraciones de los reos, el

<sup>598</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>599</sup> Según Benito Arteaga, con Indalecio en sus brazos, Allende dijo a Jiménez, “Esta era la más preciosa víctima que yo tenía que inmolar en las aras de mi patria. Falta, por último, la de mi vida, de la que ya no hago ningún caso; voy á morir y á consumir de una vez el sacrificio.” Acto seguido salió Jiménez del coche pidiendo el alto al fuego y pidiéndole también a Allende que ya no intentara resistirse. Arteaga, *op.cit.*, p. 256 y 257.

<sup>600</sup> Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 117 y 118.

<sup>601</sup> *Ibidem*, p. 121.

auditor Rafael Bracho dio su dictamen y las sentencias las pronunció el consejo de guerra que presidía el teniente coronel Manuel Salcedo. Los presos militares fueron condenados a la pena capital como traidores y pasados por las armas por la espalda en la plazuela de los ejercicios de Chihuahua.<sup>602</sup>

El generalísimo Ignacio Allende fue pasado por las armas el 26 de junio de 1811 junto con Mariano Jiménez, capitán general, Manuel Santa María, mariscal y Juan Aldama, teniente general.<sup>603</sup> Su cabeza, junto con las de Hidalgo, Aldama y Jiménez, fue enviada a Guanajuato, adonde llegaron el 14 de octubre de 1811. Las cuatro cabezas fueron puestas en jaulas de hierro y colgadas de las esquinas de la alhóndiga de Granaditas y permanecieron diez años ahí, hasta que Anastasio Bustamante dispuso que se les diera sepultura en el panteón de San Sebastián en Guanajuato, el 28 de marzo de 1821.

El 19 de julio de 1823 el Congreso Nacional Constituyente lanzó un decreto que mandaba que tanto las cabezas de los primeros caudillos que se encontraban en Guanajuato, como sus demás restos que estaban en Chihuahua, fueran enterrados en la catedral de la ciudad de México. El 15 de septiembre de 1823 los restos de los primeros caudillos de la independencia fueron homenajeados en la colegiata de Guadalupe y el 16 de septiembre fueron llevados a la iglesia de Santo Domingo y a la catedral, donde fueron enterrados debajo del altar de los Santos Reyes. Sin embargo, después se les volvió a exhumar y se les rindió homenaje en la misma catedral, en el salón de cabildos del Ayuntamiento y en el edificio de la aduana. Después, se les enterró de nuevo en la catedral, pero esta vez en la capilla de San José.<sup>604</sup>

Finalmente, el 16 de septiembre de 1925, durante la presidencia de Plutarco Elías Calles, los restos de los héroes de independencia fueron depositados en la Columna de la Independencia, dentro de unas criptas construidas especialmente para ese fin.<sup>605</sup>

<sup>602</sup>*Ibidem*, p. 125.

<sup>603</sup>*Ibidem*, p. 126.

<sup>604</sup>Ignacio Rubio Mañé, "Los Allendes...", p. 539.

<sup>605</sup>Carlos Martínez Assad, *La Patria en el Paseo de la Reforma*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 115.

Como lo había previsto junto con Hidalgo, Allende nunca vería el fin del movimiento que inició. Desafortunadamente para él, tampoco pudo vivir el movimiento que planeó. No previó, como no lo hicieron los demás líderes de las conspiraciones, que desatar la fuerza popular sería un paso definitivo que dictaría una dirección distinta a la que él quería seguir. No pudo pronosticar tampoco que más allá de los puntos en común que hubiera podido tener con Hidalgo en un principio, la ideología y los objetivos del cura eran mucho más radicales que los suyos. No pudo contar con el apoyo militar que esperaba y también le dieron la espalda muchos criollos que decidieron seguir la causa opuesta al darse cuenta del sentido que tomó la rebelión desde el principio. Tal vez Allende era, como lo llama Ávila, el más moderado de los primeros líderes insurgentes.<sup>606</sup> Su idea del movimiento nunca fue muy distinta a la que había sido planeada por vez primera por los conspiradores de Valladolid, sin embargo, no pudo concretar aquel proyecto en la primera etapa del movimiento insurgente. Sería Rayón quien tomara la estafeta de dotar al movimiento insurgente de una junta que, como lo comenta Ávila, representara a las distintas provincias novohispanas y fuera también la depositaria de la soberanía del rey.<sup>607</sup>

<sup>606</sup> Ávila, *op. cit.*, p. 147.

<sup>607</sup> *Ibidem*, p. 150.

